

El VENGADOR

3
PTAS.

CARNE de CORDON
por Fidel Prado

B. Madala

El VENGADOR



Núm. 13

CARNE DE CORDEL

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE
FIDEL PRADO

Editorial Cies ~ Vigo

EL VENGADOR

TITULOS PUBLICADOS

1. Juramento cumplido.
2. Jak, el Zurdo.
3. La presa trágica.
4. Un sheriff a la medida.
5. El rastro sangriento.
6. El jinete fantasma.
7. La charca envenenada.
8. El Tigre de Sierra Blanca.
9. El rapto de Magde Climpson.
10. Lowe, «el Seco»
11. La garganta del muerto.
12. Se ha fugado un preso.
13. Carne de cordel.

Próximo número:

El Clan de los Barrymore

PRIMERA EDICIÓN 1946

Es propiedad

Impreso en España

Printed in Spain

Artes Gráficas «GRUJILMO», S. A.—Bilbao



Capítulo I

UNA SITUACION EXTRAÑA



A situación del rancho «Doble Estrella» era lo más anómala que darse puede.

Asentado en lo alto de una extensa meseta, en un cerro de Hanksville, próximo al río Dirty Devil, en Utah, estaba considerado como uno de los mejores ranchos de la región, y en vida, su propietario Adans Evert gozó de fama no sólo de excelente ranchero, sino de hombre probo, honrado y excelente sujeto.

Evert fue hasta su muerte un soltero recalcitrante. Se aseguraba que fracasos amorosos en su juventud le llevaron a la misantropía y que renunció de por vida a las mujeres; pero, fuera cual fuere el

motivo de su retraimiento amoroso, el caso fue que había llegado a los cincuenta y cuatro años sin pensar en el matrimonio, aunque tuvo excelentes ocasiones de verificar buenas bodas.

Evert era un hombre fuerte y robusto, duro como el pedernal, con una salud que amenazaba hacerle centenario; pero un día sufrió, sin saberse cómo, unos ataques terribles de dolores que le privaron hasta del habla y en cuestión de pocas horas pasó a mejor vida.

El médico de Hanksville, un pobre viejo rutinario en medicina, le examinó perplejo, le pulsó, le miró y remiró, terminando por asegurar que aquello era nuevo para él, y cuando, desorientado, insinuaba la necesidad de buscar en otra localidad más importante un médico menos anticuado que él, Evert se fue al otro mundo y ya nadie se preocupó de qué había muerto, aunque acaso hubiese sido muy interesante averiguarlo.

Y sucedió que al morir se planteaba un problema de sucesión. El finado, en su plétora de vida, no se preocupó de hacer testamento, pues supuso que era una cosa a realizar a largo plazo, y por lo poco que se sabía de su vida, se averiguó que el único heredero más o menos directo que poseía, era una sobrina segunda, que ejercía la enseñanza escolar en la ciudad del Lago Salado.

Hanksville, pueblo aislado en una de las zonas más montañosas y de menos acceso y tráfico de la región, carecía de elementos legislativos que se pudiesen ocupar con eficacia del asunto, y sólo un delegado del *sheriff* de la demarcación—pues el *sheriff* efectivo residía en Escalante, a más de ciento cincuenta millas del poblado—tenía autoridad relativa para intervenir en el asunto.

Dicho ayudante, llamado Sam Balfour, intentó realizar gestiones para que la heredera se posesionase del rancho y sus derivados; pero surgió algo de tanta fuerza que le ató de pies y manos para seguir sus gestiones. El equipo de Evert, compuesto de diez y ocho hombres, a cuyo frente figuraba como capataz Alexis Hoare, estimó que el trabajo que había desarrollado en el rancho le daba ciertos derechos al margen de toda ley escrita, y apenas Evert fue cubierto de tierra, Alexis proclamó en voz tan alta como le fue posible que el rancho pasaba a ser propiedad de él y su equipo y que no consentirla que nadie se acercase a la empalizada a reclamarlo, porque sería recibido a tiros.

Balfour, hombre honrado y nada cobarde, estimó que la pretensión de Alexis, además de descabellada, era un robo manifiesto, y como la ley, mal que bien, la representaba él, se presentó en el rancho con los mejores modales que supo usar para

tratar de convencer a Alexis de que lo que pretendía era un latrocinio.

Alexis le escuchó con relativa paciencia, fumando su pipa y cuando se cansó de oír consejos y textos, señaló la puerta del despacho de su antiguo patrón y dijo al ayudante del *sheriff*:

—Mire, Balfour: usted nació tonto y yo no tengo la culpa de su desgracia. Usted es capaz de encontrar en la calle mil dólares e ir preguntando de puerta en puerta a quién pertenecen y yo no. Primero procuro no perder los míos, y luego, si me encuentro los ajenos, me los guardo para que el que los perdió escarmiente y los guarde mejor en lo sucesivo. El rancho era de Evert, bueno, nadie se lo negó en vida, pero al morir, ¿por qué ha de ser de una señorita cursi de una ciudad, que ni siquiera conocía al muerto y no de los que hemos trabajado para que el rancho prosperase? Esto es un fajo de billetes perdido que nos hemos encontrado nosotros y con el cual nos quedamos. No nos da la gana ir pregonando por ahí a ver quién se cree con derecho a llevárselo y menos vamos a consentir que un tercero lo haga contra nuestra voluntad. Si es usted menos tonto de lo que parece, tomará este aviso por el valor que tiene; pero si se obstina en no hacer caso de él, me temo que quede vacante prematuramente el puesto de ayudante de *sheriff* que usted tan cómodamente disfrute.

Balfour no era tan tonto como Alexis suponía y se dio cuenta del alcance del consejo. No sólo Alexis poseía a sus órdenes docena y media de hombres duros y agresivos, sino que el capataz, individualmente, era un hombre áspero y poco escrupuloso, con el que ya había tenido algunos roces y al que le sabía capaz de cualquier acción directa sin preocuparse de las consecuencias, o acaso porque estaba seguro de que no podía llegar hasta él. Pero Balfour no se dio por vencido. Lo que no se atrevía a hacer abiertamente, lo intentaría por debajo de cuerda. Informaría a la beneficiaria de lo sucedido, le pondría en antecedentes de los peligros que corría al intentar tomar posesión de la herencia y le aconsejaría que antes de aparecer por el poblado procurase por todos los medios eliminar el peligro que significaba el equipo del rancho «Doble Estrella».

Y, en efecto, escribió a la muchacha y ella le contestó. Se cruzaron algunas cartas de inteligencia y la cosa parecía que iba a tomar cuerpo cuando alguien informó a Alexis de que el ayudante del *sheriff* recibía correspondencia de la ciudad del Lago Salado, y el astuto y fiero capataz se puso al acecho.

Un día registró al peatón que llegaba con la correspondencia y le

arrebató una carta para Balfour, descubriendo que era de Eva, la heredera; y rabioso se presentó en las oficinas con el papel en la mano.

Balfour, al verle entrar, pretendió echar mano al revólver, pero apenas inició el movimiento desistió de él, porque tenía el arma del capataz colocada en el estómago.

—Escuche, Max—advirtió Alexis con acento glacial—, le he hecho a usted una advertencia amistosa y se ha burlado de ella. Ahora le digo una cosa que será la última. Como escriba usted una sola línea más a esa damita de la ciudad le clavo a usted contra la pared como a un murciélago.

Max sabía que Alexis era capaz de hacerlo, y como de nada le hubiese valido buscarle las vueltas y suprimirle quedando su terrible equipo, se mordió los labios y renunció a contestar a las varias misivas que la muchacha le había remitido de manera apremiante, al no obtener contestación a la interceptada por Alexis.

Pero Max era testarudo como una mula. Se había propuesto amargar la vida al capataz y ya que no podía hacerlo por sí y de manera frontal, buscó una fórmula para conseguirlo.

Tenía que eliminar a Alexis y a su equipo, no sólo por la cuestión de la propiedad del rancho, sino porque desde que aquel puñado de indeseables se apropiara de la hacienda los robos de ganado que se venían verificando en su demarcación habían aumentado de manera alarmante, y todos coincidían en señalar que los hatajos de Alexis aumentaban a costa del sacrificio de los demás rancheros de los contornos.

Como inri, Alexis se daba aires de hombre potentado y superior, se presentaba en todas partes como el dueño de vidas y haciendas, no respetando canas ni virtudes, y el pequeño poblado, así como los rancheros y granjeros de los alrededores, se hallaban asustados de las actividades de aquellos forajidos.

Balfour, después de estudiar mucho la situación y de buscar soluciones al caso, creyó haber descubierto la piedra filosofal que le eximiese de las represalias de Alexis, al tiempo que cumplía con su deber, y recordando que en la misma región, aunque a una distancia bastante respetable de allí, habitaba Magde Clipson, la prometida de Sol King «el Vengador», decidió escribir a ésta, dándole detalles de todo lo que allí sucedía y solicitando intercediese cerca de Sol para que se ocupase de aquel feo asunto.

Max invocaba para ello el que era una mujer la despojada de sus derechos y aducía: «Usted, como hija de un ranchero ¿qué pensaría si alguien le arrebatase su patrimonio ilegalmente privándole de su

beneficio?»

Magde leyó la carta con toda atención, y entendiendo que el ayudante del *sheriff* tenía razón y que aquel caso era de la especialidad de su prometido, consiguió localizar a éste y escribirle, adjuntándole la carta.



—Mire, Balfour: usted nació tonto...

Sol, que tenía el decidido propósito de dar una vuelta por Pine

Valley para tomarse un merecido descanso, estimó que podía ocuparse de dicho asunto, y luego dirigirse a su pueblo natal, y escribió que rápidamente se ponía en camino para Hanksville.

Magde, gozosa de tenerle tan próximo, escribió al ayudante del sheriff una carta dándole cuenta de la contestación de «el Vengador», pero la infeliz no contó con el astuto Alexis.

Este, que vivía alerta sospechando que Max seguía en comunicación con Eva, espiaba todos los días al peatón, y un día le sorprendió en el camino registrando su valija y descubriendo la carta de Magde.

El contenido de ella le enfureció. No sólo Max seguía burlándose de sus amenazas, sino que había acudido al único hombre capaz de poderle dar un disgusto, y furioso como un toro salvaje se dirigió sin pérdida de tiempo a las oficinas de Max, sorprendiéndole inopinadamente.

Max adivinó al observar el contraído rostro del capataz que algo trágico se avecinaba y se replegó contra la pared, lívido como el papel; pero Alexis, echando espuma por la boca, se adelantó con el revólver empuñado, rugiendo;

—Max, es usted un cerdo asqueroso y traicionero y se ha jugado usted la vida a una carta muy peligrosa. Le advertí seriamente y, por última vez, que se abstuviera de intervenir en el asunto del rancho y es usted tan cochino que no se ha conformado con poner sobre aviso a la muchacha, sino que ha avisado nada menos que a «el Vengador». ¡Bien! Puede que ese tipo siga triunfando aquí o puede ser que haya tropezado con la horma de sus botas de montar; pero, en cualquier caso, usted no lo verá, y eso que se va a perder.

Max adivinó que Alexis le iba a matar y en un raptó de desesperación, saltó sobre él para desviar el revólver o arrebatárselo; pero el capataz disparó fríamente y el honrado ayudante del *sheriff* cayó muerto de dos balazos en el pecho.

Alexis enfundó el arma; apartó el cadáver con el pie, cerró las oficinas y se dirigió al rancho, donde dio cuenta a sus compañeros de lo ocurrido.

Los miembros del equipo, tan crueles y faltos de moral como él, no sólo aprobaron lo hecho, sino que, hablaron de prender fuego a las oficinas, y si alguien se oponía, al poblado; pero Alexis, avieso y retorcido, exclamó:

—No, nada de eso. Tengo pensado algo mejor. He oído hablar mucho de ese tipo de «el Vengador» y me alegraría darle una trágica lección para acabar con su orgullo y sus éxitos de galería. Vamos a prepararle una trampa para cazarle y colgarle de un árbol

lindamente. Uno de vosotros se va a posesionar de las oficinas del ayudante del *sheriff* y a hacerse pasar por Max. Cuando «el Vengador» venga al pueblo se dirigirá directamente a verte, y tú le recibirás como si fueses realmente Balfour. Luego ya te daré instrucciones sobre lo que has de hacer para que le metamos en la ratonera.

Todos rieron la ocurrencia, y para celebrarla, abrieron unas botellas de *whisky*, bebiendo más de lo debido. Después bajaron al poblado, y tomando el cuerpo del infeliz Max le sacaron de las oficinas, llevándole a unos barrancos, donde le arrojaron.

Una vez realizado esto y designado el peón que debía hacerse pasar por el ayudante del *sheriff* se dirigieron a la única taberna del poblado, penetrando en ella, cuando un buen número de habitantes de la localidad se hallaba reunido comentando el suceso, pues habían oído los disparos y sabían del antagonismo reinante entre Max y el capataz del rancho «Doble Estrella».

Alexis miró a todos de un modo amenazador y dijo:

—¿Qué es lo que estáis murmurando, sapos indecentes?... ¿Que he matado a Max? Así ha sido, como lo haré con todo el que pretenda meter la nariz en mis asuntos. Vosotros a lo vuestro, que nada os interesan las cosas de nuestro rancho, y ahora escuchad esto: no sólo haré lo mismo con quien se interponga en mi camino, sino que os advierto que he nombrado ayudante del *sheriff* a Tom, uno de nuestros compañeros. Este será el que administre justicia de aquí en adelante. Y aún más, oíd bien esto, y el que lo olvide que se dé por muerto en cuanto yo lo averigüe: para todo el forastero que venga al pueblo Tom no se llama Tom, sino Sam Balfour. ¡Oírlo bien!, Sam Balfour; así es que si alguien os pregunta por él encaminarle a las oficinas y guardaros muy mucho de descubrir la suplantación, porque entonces no sólo mataré al cerdo que lo descubra, sino que prenderé fuego a su casa y a cuanto tenga y arrasaré el terreno para sus herederos, si los tiene.

Y después de lanzar esta brutal amenaza, abandonó la taberna, dejando a todos consternados y preguntándose qué nuevo latrocinio prepararía y cuáles serían los motivos que tenía para hacer pasar a Tom por el ayudante del *sheriff* muerto.

Pero como todos temían al bronco equipo y sabían que sus amenazas no eran vanas, se resignaron a callar. Al fin y al cabo, mientras no se metiese con ellos, no podían quejarse.

Lanzada esta advertencia, Alexis reunió al equipo, diciendo:

—Ahora hay que preocuparse de ese tipo de Sol. Como habéis visto por su carta, está decidido a venir. No dice cuándo, pero

puede presentarse en el momento menos pensado y debemos estar alerta para evitar que consiga penetrar en el poblado.

—No creo que sea difícil —objetó uno—. Un hombre solo, por muy valiente que sea, no es tanto como para que nos pasemos el día llorando al pensar que va a venir.

—No, pero debemos desdeñarle como enemigo. Ha realizado muchas proezas que parecían imposibles y es mejor sorprenderle antes de que llegue. Muerto el perro se acabó la rabia.

—Bien, Alexis. Tú dirás qué debemos hacer.

—Pues establecer una vigilancia en derredor del poblado para salirle al paso antes de que llegue. No sé por qué lado pretenderá entrar y no podemos precisar sitio. Hay tres lugares fáciles. Os repartiréis entre los tres y vigilaréis con cuidado. En cuanto veáis avanzar a un individuo solo, que os parezca sospechoso, disparar sobre él y luego preguntarle quién es. Quizá no le deis tiempo a que pueda contestar, pero siempre será mejor eso que no que os conteste con el revólver.

—¿Tú crees que tardará mucho? —preguntó otro—. No olvides que tenemos en proyecto el golpe contra el hatajo del rancho «Circulo Negro». Si no andamos listos sacará el ganado y nos perderemos un buen negocio.

—Yo me ocuparé de eso—afirmó Alexis—y si veo que la cosa urge, podemos descuidar la vigilancia por unas horas y dar primero el golpe. Dejar eso de mi mano.

Estudiada la situación, Alexis repartió sus hombres en tres grupos de a cuatro, quedándose con seis en el rancho para cuidar de sus reses. Cada cuatro vaqueros se posesionarían de un lugar estratégico en el camino que conducía al pueblo y viniese por donde viniese «el Vengador», tendría que pasar bajo la vigilancia de sus rifles.

El terreno quebrado, lleno de accidentes, se prestaba a las emboscadas. Los caminos discurrían entre taludes y desmontes más o menos agrios y desde cualquiera de ellos se podía tender la celada sobre todo contra quien, como Sol, no sospecharía que se tenían noticias de su próxima llegada y sólo contaría con empezar la lucha cuando diese a conocer su presencia en el poblado.

Aun contando con que la suerte le favoreciese y pudiera pasar con vida aquella mortífera barrera, les quedaba el truco del *sheriff*. Cuando se presentase en sus oficinas, Tom, haciéndose pasar por el verdadero ayudante del *sheriff*, le tendería una nueva emboscada en combinación con sus compañeros y de ella no podría escapar.

Todo preparado, cada cual marchó a cumplir la parte asignada

en el plan. Les interesaba mucho deshacerse de Sol, pues a partir de tal momento serían los verdaderos dueños del pueblo y los contornos y no habría poder que detuviese sus latrocinios y ansias de rapiña.

Pero no siempre en el mundo los mejores planes se desarrollan como son concebidos. Había que contar con los imprevistos y Sol era un individuo a quien la suerte se había declarado de hada protectora.

Capítulo II

LA EMBOSCADA



OS días más tarde, y ya cuando las sombras de la noche amenazaban con cubrir el paisaje, un jinete, montado sobre un precioso caballo castaño, avanzaba por la senda que conducía al poblado, siguiendo el curso del río desde los montes de San Rafael.

Se trataba de un muchacho joven, guapo de facciones, enérgico de rasgos. Llevaba atravesado sobre la silla un magnífico *Winchester* y al cinto lucía un enorme *colt* del 45.

Avanzaba confiado, silbando alegremente una tonada popular, y nada hacía adivinar en él que sintiese preocupación o miedo.

Acababa de doblar un recodo del camino, adentrándose por entre dos pequeños taludes que encajonaban la senda, cuando, súbitamente, vibraron varias detonaciones y el joven, sin tiempo a esgrimir sus armas, lanzó un ronco quejido y se desplomó del caballo, el cual, asustado, emprendió alocada carrera, desapareciendo del lugar del atentado.

El jinete trató de incorporarse y sacar el revólver, pero gravemente herido y falto de fuerzas, se debatió un momento inútilmente, para después quedar atravesado sobre la senda sin dar señales de vida.

Poco más tarde, cuatro peones del rancho «Doble Estrella» descendían de uno de los taludes aproximándose al caído.

—Bueno, Peter—dijo uno—, no me negarás que la cosa ha sido rápida y limpia. Ha caído como si le hubiese cogido un rayo.

Se aproximaron al caído, que de costado yacía sobre un charco de sangre y, a la luz de un fósforo, examinaron su rostro, para ellos desconocido.

—¿Será él?—preguntó uno de los peones.

—¡Qué duda cabe! Por aquí todos nos conocemos, y a este tipo no le he visto en mi vida.

—Ni yo—afirmaron los demás.

—Tiene que ser él—dijo otro—, fíjate lo armado que venía. Un peón de un rancho de por aquí no anda tan armado, aparte de que los conocemos a todos.

—Sí. No cabe duda que se trata de «el Vengador». Estaba tan confiado en que sólo Balfour sabía su llegada que se presentó como el que acude a un rodeo.

—¿Está muerto?—preguntó otro.

—Si no lo está le falta poco. Tiene ocho onzas de plomo bien repartidas en el cuerpo.

—¿Qué hacemos con él?—preguntó Peter—. Podemos esconderle en algún barranco.

—¡El diablo que cargue con él! —rezongó uno de ellos—. Yo no me mancho las manos de sangre con esa carroña. Dejarle ahí. Así, el que pase, se dará cuenta de lo peligroso que es meterse en nuestros asuntos.

—Bueno, pero como nadie le conoce no sabrán por qué ha muerto.

—¡Diablo, es verdad!... Bueno, pero eso no es un problema. Verás qué pronto se enteran de quién es este tipo.

Rebuscó en sus bolsillos y encontrando un papel arrugado y un lápiz escribió algo en él. Luego se acercó al caído y colocó el papel sobre su pecho.

—¿Qué demonios has escrito ahí, Walter?—preguntó Peter.

—Un aviso a los caminantes—replicó el aludido—. Te lo diré:

»Esto es lo que queda de un bravucón que se hacía llamar «el Vengador» y que ha muerto sin pena ni gloria por meter la nariz donde no le importaba.»

—No está mal—comentó uno—. Como no se dice ahí quien le ha matado...

—Si quieres, lo firmamos—advirtió Walter—. A mí no me importa dar la cara.

—No. Bien está así. Si al *sheriff* le interesa que lo averigüe.

—¡Oh, sí!—rio otro—. Estaría bueno que Tom viniese a detenernos por la muerte de este tipo. ¡Sería gracioso!

La noche había aumentado en intensidad y Peter advirtió:

—Debemos regresar al rancho a dar cuenta a Alexis del éxito de nuestra gestión. Urge recoger a nuestros compañeros para arreglar eso del rancho «Círculo Negro».

—Pues, andando. Aquí ya no hacemos nada.

Echaron una última mirada al caído, que continuaba inmóvil sobre la enrojecida tierra, y a todo galope emprendieron la marcha, desapareciendo hacia el rancho.

* * *

El destino tiene caprichos muy extraños, tanto, que la vida de los mortales depende, muchas veces, de uno de los albuces exóticos que el destino posee.

Así, la suerte, una vez más, había protegido a Sol King «el Vengador», interponiendo entre él y la muerte una vida ajena que nada tenía de común con la suya.

El verdadero Sol caminaba en aquellos momentos con dirección al poblado por la misma senda que el caído y a un tiro de rifle de él, bien ajeno a que alguien debía pagar con su existencia el odio que hacia él sentían los indeseables.

Avanzaba receloso y desconfiado, escrutando el camino, pues no era la primera vez que la Parca le había acechado oculta entre las sombras, cuando su fino oído captó a distancia el estruendo de varias detonaciones y, envarándose, empuñó el arma y escuchó.

Pero por más que afinó el oído no volvió a percibir nuevos estampidos, y curiosamente se preguntó a qué habría obedecido aquella salva de revólveres, pues la oscuridad no se prestaba para que nadie anduviese de caza a tales horas.

Con la natural reserva y precaución continuó avanzando, asegurándose bien antes de mostrarse por lugares propicios a la emboscada, hasta que, por fin, llegó al recodo donde los taludes encajonaban el camino.

Se pegó a uno de ellos para ampararse en su sombra y avanzó lentamente, hasta que al llegar a la mitad del sendero descubrió un bulto que yacía atravesado e inmóvil.

Se apeó del caballo y, arrastrándose, se acercó a él hasta descubrir que era un hombre caído y sin movimiento. Le palpó en la semi oscuridad de la noche estrellada, y al sentir en sus manos la pegajosidad de la sangre, comprendió, lleno de sobresalto, que los disparos que había oído habían sido hechos contra aquel infeliz.

Olvidando toda prudencia extrajo los fósforos y encendió uno, examinando el cadavérico rostro del yacente. Era un muchacho joven, de su edad aproximadamente, y de facciones simpáticas y viriles.

Se disponía a examinar sus heridas por si se podía hacer algo por él, cuando el escrito que Walter dejara sobre el pecho del herido

llamó su atención y, al echarle un vistazo, emitió un rugido de rabia.



Pero por más que afinó el oído...

—¡Por Judas!—exclamó—. ¿Qué significa esto? ¿Cómo y quién ha podido tomar a este infeliz por mí?

Preocupado por tan extraña situación se guardó el papel y empezó a reconocer al herido. Pronto se dio cuenta de que aún vivía y, emocionado, se preguntó qué podría hacer para intentar salvar su vida.

Penetrar en el pueblo con el cuerpo del infeliz era muy expuesto para los dos. Si le habían estado esperando para suprimirle era porque tenían noticias de su llegada y le temían, y esto le obligaba a extremar sus precauciones y a no cometer imprudencias, sobre todo desconociendo personalmente a sus enemigos, aunque tenía una ligera noción de quiénes eran.

Sólo le quedaba un débil recurso: cargar el cuerpo del herido sobre el caballo y buscar alguna granja o rancho aislado en los alrededores donde suplicar se le prestase el socorro humanitario que merecía.

Sin dudarle un momento le levantó entre sus hercúleos brazos y, con todo el cuidado posible, le trasladó a su caballo, extrañándose de no encontrar cerca el del herido,

Llevando la montura de las bridas, lo alejó de la senda buscando campo abierto. En el no podía ser objeto de alguna emboscada y Le sería más fácil descubrir alguna hacienda donde trasladar al infeliz

jinete.

Se había alejado al azar un buen trecho de la senda, cuando en las azuladas tinieblas descubrió el brillo de algunas luces que fulgían a través de unos vanos. A unas doscientas yardas debía hallarse alguna granja; y todo lo aprisa que las circunstancias se lo permitieron, se encaminó hacia aquel lugar.

Al acercarse, descubrió que, en efecto, se trataba de una pequeña granja. A través del entramado de madera de la tapia descubría confusamente la extensa huerta y el edificio, erguido a uno de los lados.

Deteniéndose ante la puerta agitó la cadena de una campanilla, cuya vibración sonó lejos y, poco más tarde, apareció en la puerta de la hacienda la figura maciza de un anciano, abultado y sanguíneo, que en mangas de camisa había acudido a la llamada.

Atravesó la senda enarenada y acercándose a la cerca, preguntó: —¿Qué deseaba, forastero?

—Para mí, personalmente, nada, señor, pero... al dirigirme al poblado, tropecé en la senda con un hombre caído, al que abatieron a balazos. Al observar que aún vivía, le he cargado en mi caballo y andaba buscando algún sitio donde, por humanidad, se le preste auxilio, si aún es tiempo. No quise llevarle al poblado por miedo a que acabaran con él... o conmigo.

El anciano, tras una breve duda, exclamo:

—Pásele aquí dentro. Si algo se puede hacer por él, nunca mejor ocasión que ésta. El médico del poblado se encuentra aquí asistiendo a mi hija, que acaba de dar a luz.

Sol regresó a la cerca y tomó el cuerpo del muchacho trasladándole a una habitación situada a la entrada del pasillo. Un largo banco le brindó a modo de lecho donde depositarlo.

Entretanto, el anciano había desaparecido por el pasillo y poco después regresaba, acompañado de otro anciano, de rostro simpático, que portaba un pequeño maletín en la mano.

—El doctor Crew—dijo el granjero—. Doctor, vea lo que cuenta este forastero.

Sol repitió brevemente lo ocurrido, mientras el médico rasgaba las ropas del herido y le examinaba con toda atención.

Abrió el maletín, pidió agua hervida y algunas otras cosas y, con las manos cubiertas de sangre, empezó a buscar las heridas.

El joven había recibido cuatro impactos. Uno atravesó rozando la carne del costado, saliendo la bala por el lado contrario, y de los otros tres, uno le atravesaba el brazo izquierdo y dos los había recibido en el pecho.

Con paciencia y rapidez buscó los proyectiles hasta conseguir extraerlos. Luego, lavó cuidadosamente las heridas, las desinfectó con alcohol, las taponó con hilas de yodo y con pedazos de lienzo que le facilitó el anciano, le vendó.

Cuando al cabo de una hora dio por terminada la cura, sudaba como un condenado y, secándose el sudor de la frente con la mano, exclamó:

—Bien, he hecho lo que he podido y no sé si valdrá para algo. Dos de las heridas no tienen importancia, otra es relativamente grave, pero la del pecho es de cuidado. Veremos cómo reacciona y qué sucede más adelante.

—Lo extraño es que no haya muerto desangrado—comentó el granjero.

—Quizá no haya sucedido así porque llegué junto a él en seguida. Oí las detonaciones caminando por la misma senda.

—¿No vio usted nada más?

—No. Cuando llegué no había nadie. Todo estaba ya oscuro y era imposible distinguir nada.

—¿Quién atentaría contra él y por qué?—murmuró el médico. Es un desconocido.

Sol decidió confiarse a ellos.

—Los tiros no iban contra él —dijo.

—¿Cómo lo sabe usted?—preguntó el doctor extrañado.

—Porque iban contra mí. Se equivocaron y este infeliz resultó la víctima.

Como le miraran con sorpresa, sacó el papel del bolsillo y lo mostró. Cuando lo hubieron leído el granjero exclamó:

—Quiere esto decir que usted es...

El granjero y el doctor se miraron de una manera significativa y Sol, decidido a poner en claro muchas cosas, añadió:

—Señores, como me han parecido ustedes dos personas honradas y decentes, no tengo inconveniente en explicarles a ustedes algo de lo que sucede. Mi viaje a este pueblo no es incidental; vengo a algo determinado y creí que sólo otra persona y yo lo sabíamos.

Por lo visto, la voz se ha corrido antes de tiempo, y los que temían mi llegada tomaron posiciones para eliminarme. Al desconocerme han disparado contra el primero que les ha parecido sospechoso, y la desgracia ha hecho que sea este joven.

El granjero, tras un momento de vacilación, preguntó cautamente:

—¿Sospecha usted de dónde ha partido la agresión?

—No lo sospecho, estoy seguro de ello. Vengo a arreglar un asunto referente a la propiedad del rancho llamado «Doble Estrella», y sólo los que usurpan esa propiedad pueden tener interés en suprimirme para que no lleve adelante mis gestiones.

Ante la declaración, el granjero se mostró propicio a hablar y dijo:

—En efecto. Me temo que sólo esos rufianes tengan interés en que la justicia no triunfe. Aquí, en el poblado, todos somos personas decentes, pero por falta de autoridad que pueda imponer la ley, esa partida de forajidos no sólo se han hecho los amos del rancho de Evert, sino que están cometiendo toda suerte de latrocinios y espolios. Me temo que sea una partida demasiado desigual y peligrosa para usted.

—Eso es cuenta mía. Espero que alguien me ayude y creo contar con una persona en el poblado que, demostrando honradez y energía, es la que ha movido todo el asunto para evitar el latrocinio.

—¿Puede saberse quién es?—preguntó el médico.

—Sí. Sam Balfour, el ayudante del *sheriff*. Sé que está amenazado por intentar que el rancho vaya a parar a manos de su legítima heredera, y por ello ha suspendido toda correspondencia con la joven, pero ha hecho otras gestiones para que yo acudiese en su ayuda. Espero que entre los dos consigamos algo.

El doctor enmudeció y, por fin, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Escuche. Soy un hombre de honor y aunque no ignoro el peligro que voy a correr lo afrontaré como es mi obligación. No cuente usted con esa ayuda.

—¿Por qué?

—Porque llega usted tarde. Hace dos días que Sam fue asesinado por Alexis Hoare, el capataz del rancho y verdadera alma de todo lo que sucede.

Sol se quedó un momento sorprendido y repuso:

—Lo siento. Era un valiente y merecía mejor suerte. Alguien pagará el crimen de manera feroz.

—Sí, pero... aún hay más. Esto es lo peligroso para nosotros, pero honradamente debemos advertírselo. Alexis, después de asesinar a Sam, ha puesto en su lugar a un peón del rancho y ha amenazado de muerte a todo el poblado si alguien descubre el secreto. Para cualquiera que pregunte por Sam, su sustituto es el propio ayudante del *sheriff* muerto.

Sol se dio rápida cuenta de la idea y exclamó:

—¡Ya! No confiaban en cazarme por sorpresa y han tratado de cubrir su retirada. Si yo no caía en la trampa, iría a parar a las

oficinas del *sheriff* cándidamente y allí... Bien. De todas suertes, iré. Espero que la sorpresa no sea yo el que la reciba.

Ambos le miraron con asombro. Sabían que era un hombre valiente y temerario, pero no hasta el extremo de cometer semejantes locuras.

—Yo no lo haría—exclamó el granjero—. Es tanto como jugarse el pellejo contra noventa y nueve posibilidades de perderlo y una de salvarlo.

—Está usted equivocado. Si no hubiese tenido la suerte de llegar aquí, quizá hubiese sido así, ahora... el dueño de la situación soy yo.

El granjero, ayudado por Sol, trasladó al herido a un lecho menos duro, donde quedó cómodamente. Nada se podía hacer más por él de momento y el doctor no confiaba en que hasta el día siguiente volviese en sí.

Pero el hombre de ciencia se mostraba ahora muy preocupado. Después de su revelación, temía las consecuencias de ella.

Lo confesó noblemente y Sol advirtió:

—No debe usted temer nada, porque nadie sabrá que he estado aquí y por ello no sospecharán que usted ha hablado. Yo entraré en el pueblo como si estuviese ignorante de todo lo sucedido, y lo que suceda parecerá hijo de la casualidad y no procedente de ningún informe.

—Le agradezco su prudencia. Uno ya es viejo para peleas y mucho más cuando ha de enfrentarse con docena y media de fieras. Mal enemigo se va a echar usted, señor.

—He peleado con manadas y todavía lo cuento. Todo es cuestión de astucia y habilidad. También el valor y la rapidez manejando un arma cuentan. Creo poseer un poco de cada cosa.

—No lo dudamos. Su fama no se la han dado ganada.

—Lo que me intriga—dijo Sol cambiando de conversación—es lo de ese infeliz. ¿Quién será que nadie le conoce, por lo visto?

—Lo ignoramos. Esto es poco frecuentado. Casi todos los peones de los ranchos próximos y los granjeros son conocidos y a ese joven yo no recuerdo haberle visto nunca por aquí.

—Bien, nos resignaremos con la duda. Si reaccionase, acaso fuese útil que nos descubriese su personalidad.

El granjero le dejó con el doctor mientras iba a echar un vistazo a su hija. Poco después, regresó muy satisfecho. Madre e hijo se encontraban bien y aquel era el primer nieto que tenía.

Esperaba a su yerno que estaba a punto de regresar de una aldea vecina donde había ido a llevar un carro de hortalizas, no

esperando ser padre tan rápidamente y el granjero invitó a Sol a quedarse a cenar y a dormir hasta el día siguiente.

Capítulo III

EL MUERTO HA RESUCITADO



UANDO estaban a punto de ponerse a cenar, llegó el joven yerno del granjero, quien al recibir la noticia del feliz alumbramiento de su esposa, se sintió contentísimo y se obstinó en obsequiar a Sol y al doctor con *whisky* que tenía reservado para festejar tan fausto acontecimiento.

Muy asombrado escuchó la historia de lo sucedido y endureciendo los rasgos de su rostro, comentó:

—Es una manada de chacales y yo siempre he sospechado que el viejo Evert murió envenenado.

El médico, moviendo la cabeza, repuso:

—No negaría el aserto, pero entonces, yo no pude sospechar nada de ellos. La enfermedad me pareció extraña, pero mi ciencia no es moderna... Creí que era un caso extraño que escapaba a mi sabiduría y por eso quise hacer que viniese otro más ducho. Yo no soy vanidoso... La muerte rápida de Evert no dio tiempo a ello.

Terminada la cena, Sol rehusó el lecho que le ofrecían. El herido necesitaba asistencia y él se quedaría cuidándole por si volvía en sí y se arrancaba el vendaje.

El médico decidió marchar al poblado. Si le buscaban para algún caso repentino, no le encontrarían y su conciencia le remordía la falta.

Sol, bien armado de tabaco, se quedó junto al herido y a ratos, durmió sentado en la banqueta con la cabeza apoyada en la pared, pero siempre atento a la menor reacción que se operase en el yacente.

De madrugada se agitó con inquietud. Sudaba copiosamente, le ardían las manos y la frente y en su semi-inconsciencia se movía violento y murmuraba frases que Sol no logró captar.

Le aplicó paños de agua fría a las sienes y le sujetó las manos

para evitar imprudencias y así peleó con él hasta que el sol empezó a salir.

A esa hora, el herido se tranquilizó. Quedó feble sobre el lecho y el delirio hizo su aparición.

Fué un monólogo extraño del que Sol empezó a sacar alguna consecuencia. El muchacho pronunciaba el nombre de Eva, el de Salt Lake City, mezclaba conceptos amorosos y aludía a ladrones y estafadores citando alguna vez la palabra rancho.

Sol, tras aguda reflexión, concluyó por suponer relacionado al muchacho con el asunto que a él le llevaba a Hanksville. El nombre de Eva, la muchacha propietaria por herencia del rancho «Doble Estrella», el nombre de la ciudad donde ésta ejercía su profesión de maestra de escuela y la alusión al rancho, así se lo hacían suponer.

Ello era muy interesante, pues acaso no solamente él interviniese en tan espinoso asunto y le urgía aclarar la misión que el joven llevaba al poblado.

Pero de momento, nada podía intentar. El herido no se encontraba en condiciones de coordinar sus ideas y menos de sostener una conversación lúcida referente al caso. Sobre las diez de la mañana y después de tomar un buen pote de café que le reanimó, cambió impresiones con los dueños de la granja.



¿Qué habéis hecho del cadáver?

—Me voy al poblado—dijo—. Voy a hacer una visita a mi amigo el *sheriff*, la cual presiento que va a resultar muy borrascosa, pero confío en la sorpresa. Si me creen muerto, sufrirán un síncope cuando se den cuenta de que he resucitado y veremos qué sale de todo esto.

Quisiera que además de preocuparse de este joven, estén a la expectativa por si recobra la lucidez. Sospecho que está relacionado

con el mismo asunto por algunas palabras que ha dicho durante su delirio y sería muy conveniente saber cuál era su gestión. A ustedes encomiendo que si hay posibilidad le obliguen a declararlo.

El granjero se obstinó en pretender que Sol desistiese de su visita, pero «el Vengador» desoyó toda clase de consejos y montando a caballo, se encaminó al poblado.

* * *

Una vez consumada su villana acción, los secuaces de Alexis se dirigieron al rancho, presurosos a dar cuenta del éxito de su misión.

El capataz, tras escucharles, preguntó:

—¿Qué habéis hecho del cadáver?

—Allí lo hemos dejado. ¿Para qué lo queríamos?

—Habéis hecho mal. ¿Sabéis acaso positivamente que se trataba de «el Vengador»?

—¿De quién si no podía tratarse? Es un desconocido, joven, moreno, llevaba este magnífico *Winchester* y este *colt*; comprenderás que el armamento no es para salir de paseo precisamente.

—Conformes, pero... Me hubiese gustado verle. Creo que lo mejor que podéis hacer es ir en su busca y traerlo.

—¡Al diablo con el encargo! —repuso uno malhumorado—. ¿Te crees acaso que es un tesoro?

—No, pero quiero convencerme de que está bien muerto y de que es él.

—¡Si tú no le conoces! De que está bien muerto, podemos asegurarlo nosotros. Ha recibido cuatro balazos en el cuerpo y le dejamos desangrado.

—Bien, hacer lo que queráis, pero creo que habéis obrado estúpidamente. Ahora, con el papel que dejasteis escrito, todo el mundo sospechará que hemos sido nosotros.

—¿Y sin él no? No seas iluso, Alexis. Lo principal es que nos hemos deshecho de ese peligro. Lo demás todo el mundo está en el secreto.

—En este caso, creo que ya nada tienen que hacer nuestros compañeros guardando las demás entradas del pueblo. Ir en su busca y traerlos, que vamos a preparar el golpe al rancho «Círculo Negro». En cuanto a Tom... Bueno, decirle lo que ha sucedido y que de momento continúe en las oficinas. Nadie sabe lo que puede suceder.

Dos peones partieron en busca de sus compañeros y al cruzar por el poblado, dieron aviso a Tom de lo sucedido, comunicándole

que continuase ejerciendo el cargo hasta nuevo aviso.

Tom se alegró mucho de la noticia. No estaba muy satisfecho de tener que enfrentarse a solas con Sol si éste hubiese podido acudir a las oficinas y se sintió muy aliviado con la noticia.

Al día siguiente, se hallaba muy ocupado en verificar un registro a fondo en los efectos del muerto, cuando se detuvo ante la puerta de las oficinas un jinete, el cual penetró decidido, reflejando en su rostro una sonrisa optimista, aunque su mano derecha quizá por un movimiento inconsciente, se había apoyado en la culata de su revólver.

Tom le miró un poco inquieto y preguntó:

—¿Qué deseaba usted, forastero?

—Nada extraordinario *sheriff*. Quería hablar con usted.

—Dígame lo que se le ofrece.

—Pues... se trata de una carta que he recibido de usted... porque supongo que usted es Max Balfour.

Tom se envaró al oír la pregunta y balbució un poco confuso:

—¡Oh, sí, realmente yo soy Balfour...! Dígame en qué puedo servirle.

—Pues se trata de una carta de usted respecto a esos granujas cochinos que se han apoderado del rancho «Doble Estrella». Me remitieron su carta y... aquí me tiene usted dispuesto a arreglar ese asunto.

Tom, densamente pálido, preguntó:

—¿Quiere decirme quién es usted?

—¿No lo adivina?—preguntó sonriendo Sol—. Me llamo «el Vengador».

Tom sintió como si el piso le faltase bajo los pies y densamente pálido, repuso:

—No... no puede ser...

—¿Por qué no?

—Pues... porque a «el Vengador» le mataron anoche...

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Oh!, yo no lo vi, claro es... de haberlo visto, alguien estaría a estas horas encerrado, pero... alguien me dijo que habían encontrado su cadáver no sé dónde... en una senda.

—¡Es extraño!... No sabía que yo hubiese muerto y puedo jurarle que estoy vivo... ¿No se habrán equivocado?

—Pues... posiblemente... Ya le digo que yo...

—Sí, ya sé que usted está amenazado por esos cobardes y que nada puede hacer sólo, pero... para eso estoy yo aquí. Espero que usted y yo podamos hacer mucho para acabar con esa manada de

chacales.

Tom, tenso, no perdía de vista la mano de Sol. Estaba deseando que cambiase de postura para aprovechar el momento y disparar sobre él, pero como si el visitante adivinase sus propósitos, se mantenía en una situación dominadora y su mano seguía pegada a la culata del revólver.

Tragó saliva al darse cuenta del error cometido por sus compañeros y dijo con acento lastimero:

—Así es, señor... Yo nada puedo hacer... son muchos y me han amenazado de muerte... Quizá con su ayuda pueda...

—Naturalmente. Yo soy un hueso difícil de roer, como le demostraré: en cuanto a ese pseudo vengador que han matado, es un mito. Debe tratarse de algún infeliz que se parece a mí y le han asesinado villanamente.

—Si... así ha debido ser... Me dijeron algo, pero claro es, no me atreví a comprobarlo por mí mismo; me hubiese puesto en peligro... Lo que me choca es el equívoco.

—Es muy fácil, son tan cobardes y miedosos, que dispararon contra el primer bulto que asomó por la senda.

—Sí, eso debió ser... era ya de noche y...

—¿Cómo sabe usted que era de noche si no...?

—Me lo dijeron. Alguien oyó los disparos y... acudió más tarde... encontró el cadáver...

—Quisiera verle, a ver en qué se parece...

—Ya no es posible. Lo hice enterrar...

—¿Está usted seguro de que ya está enterrado?

—Pues... supongo que sí, yo ordené...

—Me extraña, porque yo tropecé con él poco después de recibir los tiros y ni estaba enterrado, ni siquiera había muerto.

Tom, al darse cuenta de que Sol se estaba burlando de él y que sospechaba que le estaba mintiendo, se puso tenso y se sentó tratando de sacar el revólver por debajo de la mesa, pero «el Vengador», adivinando su propósito, estiró el brazo en el que aparecía aprisionado el revólver y ordenó:

—Estese quieto y no cometa tonterías, amigo. Para disparar sobre Sol King cuando éste está avisado, hace falta más agallas y velocidad que usted posee.

Tom, viéndose cogido, balbució:

—Que... dice usted... yo...

—Usted es un granuja tonto. Si todos los de su hatajo son tan imbéciles como usted, sospecho que no voy a tener para una merienda con todos reunidos. Tienen ustedes muy poca imaginación

para tender celadas a un hombre de mi talla.

Por un momento se miraron torvamente y Sol añadió:

—Póngase en pie y levante las manos. He venido a limpiar este poblado de alimañas y voy a empezar por usted.

Tom leyó en los ojos de Sol su rotunda sentencia de muerte y antes que entregarse estúpidamente, prefirió jugárselo todo a un albur. Con toda la rapidez que le fue posible, llevó la mano a la cintura, pero no tuvo tiempo más que para extraer a medias, el revólver. El de Sol vibró siniestramente y el bandido se dobló sobre la mesa llevándose las manos al vientre.

Sol se quedó un momento contemplándole inclinado sobre el tablero, sin fuerzas para separarse de él, cuando una sombra se bocetó en el vano de la puerta y un alarido femenino brotó lleno de espanto. Sol se volvió rápido con el arma empuñada y quedó tenso al descubrir la figura de una muchacha de unos veintidós años, bella de rostro, enérgica de facciones, cubierta con un guardapolvo que parecía indicar que acababa de llegar de viaje.

La muchacha tras el alarido, se rehízo un tanto y avanzando densamente pálida hacia Sol, se enfrentó con su terrible arma, gritando:

—¿Qué hace usted, miserable bandido? Ha asesinado usted a un hombre honrado y decente de forma villana. Seguramente que es usted uno de esos chacales que pertenecen al equipo del rancho «Doble Estrella».

Sol, entre huraño y divertido, se quedó contemplándola. Estaba admirando su entereza y se preguntaba quién podía ser aquella enérgica joven, que no vacilaba en enfrentarse con los bandidos del equipo jugando de manera imprudente con su vida.

Por fin, guardando el arma, exclamó:

—¿Puedo saber quién diablos es usted y por qué se mete en cosas tan peligrosas como esta?

—Claro que puede saberlo—rugió ella con desprecio—. Puesto que este infeliz *sheriff*, la única persona decente del pueblo, ha muerto por defender mis intereses nada me importa que haga usted lo mismo conmigo. Me llamo Eva Sanders y soy la heredera legítima del rancho «Doble Estrella» que usted y los malditos buitres de su calaña que lo usufructúan, me han robado. Ya lo sabe; ahora si es usted tan valiente como parece, dispere sobre mí también; no me importa.

Sol, al darse cuenta de la personalidad de la intrusa, sonrió divertido y exclamó:

—Señorita, observo que es usted una mujer enérgica y valiente,

pero de una estupidez incontrastable. Sólo a una mujer sin sentido se le puede ocurrir venir a meterse sola en un nido de víboras como este.

—Bueno, no le he pedido su opinión personal sobre la cantidad de sentido común que atesoro. Le escupo la verdad a la cara y le digo que vengo a tomar posesión de lo que me pertenece. Si me lo niegan, me tendrán que matar a mí también, pero no canten victoria. El asunto se ha convertido en una bola de nieve bajando por una montaña. No estoy sola y alguien detrás de mí vendrá a pedirles cuenta del expolio.

—Me agradaría saber quién—exclamó Sol cultivando el equívoco de la muchacha.

—Pues se lo diré también y temblará usted como un pájaro ante una serpiente cuando lo sepa. Hay varias personas encargadas de mi asunto y entre ellas la más peligrosa para ustedes es «el Vengador».

—¿De verdad? Creo que no le conoce usted.

—No, no le conozco personalmente, pero sí de oídas. Sé lo que vale y de lo que es capaz. Se ha encargado de mi asunto y con él no se mostrará usted tan valiente y fanfarrón. Y ahora quítese de ahí. Voy a ver si ese infeliz tiene aún vida y se puede hacer algo por él.

Sol la apartó suavemente con el brazo, diciendo:

—No se moleste. Cuando yo disparo para matar, mis tiros son trágicos. Ese buitres ha pasado ya a mejor vida.

—¡No le llame buitres!—rugió ella—. Era un hombre honrado, usted, en cambio, es un chacal asesino y me alegraría tener un revólver a mano para dispararlo sobre usted hasta que no quedara un solo cartucho.

—Sería una pena—dijo Sol—, porque entonces habría perdido usted la única persona que en el mundo puede ayudarle a conquistar su herencia.

—¿Usted?—preguntó ella despectiva—. ¡Ya lo estoy viendo!

—No lo está usted viendo, señorita Eva. Y puede dar gracias a Dios de que la suerte está de su parte. Si en lugar de ser yo quien está aquí, hubiese sido Alexis Hoare, el capataz del rancho «Doble Estrella» o alguno de sus satélites, a estas horas no tendría usted que invitarle a disparar sobre su bella persona, porque ya lo habrían hecho sin precisar de invitaciones.

Eva se le quedó mirando extrañada y exclamó:

—¿Qué, cuánto está usted insinuando? ¿Acaso pretende convencerme de que usted no es un forajido de esos que están robándome mi herencia?

—No, no lo soy, señorita. Si le importa saber mi nombre, le diré

que me llamo Sol King, «el Vengador».

Eva abrió la boca de un modo cómico y luego, poniéndose densamente pálida, balbució:

—¿Quiere... quiere tomarme el pelo?

—Lo tiene usted demasiado bonito y acaso me quedase con toda su rizada cabellera, pero no hay tal. Soy la persona en quien usted tanto confía y no sé cómo el destino caprichoso ha podido reunirnos aquí.

Ella, resistiéndose, bramó:

—Déjese ya de artilugios. Si usted fuese la persona que asegura, no habría asesinado villanamente a ese infeliz que era la única persona decente de aquí y la que estaba trabajando a mi favor.

—Se engaña usted, señorita Eva. Este pajarraco no es quien usted venía a buscar. Mas Balfour, el *sheriff* de este poblado, con quien usted se carteaba, murió asesinado hace un par de días por sus enemigos y el que ve usted ahí, es un miembro de la cuadrilla de expoliadores puesto en su lugar solamente para engañarme y cazarme a tiros cuando viniese a visitarle.

Ella, impetuosa y turbada, se adelantó, diciendo:

—Demuéstrelo.

Sol extrajo de su bolsillo la carta que había recibido de su novia Magde acompañada de la que ella había recibido del *sheriff* y mostrándoselas dijo:

—Espero que esto sea suficiente.

Ella repasó las cartas y luego, llevándose las manos al rostro, aterrada, balbució:

—¡Dios mío! Me asusta el peligro estúpido que he corrido... Creo que tenía usted razón al decir que he sido una inconsciente... Yo venía... creyendo que...

—Lo adivino, pero óigame bien. Aquí se está jugando usted la vida. Esta gente sabía que yo iba a venir y anoche intentó asesinarme en el camino. Están creídos de que lo consiguieron, porque atravesaron a tiros a un joven desconocido que caminaba hacia aquí.

Eva lanzó un grito estridente y, aferrando a Sol por los brazos, preguntó alocada:

—¡Por todos los santos, señor! Dígame quién es...

—Lo ignoro.

—¡Oh, sus señas! ¡Sus señas! Yo mandé por delante a... ¡Virgen santa, lo han matado!

Y rompió a llorar con terrible desconsuelo.

Sol, afectado por su dolor, se apresuró a decir:

—No llore, que quien sea no ha muerto, aunque sí está grave. Le encontré en la senda desangrándose y le trasladé a una granja donde un médico le asistió rápidamente. Le aseguro que no ha muerto y lo podrá comprobar. Ahora, dígame de quién se trata.

—¿Me jura usted que no ha muerto?

—Se lo juro.

—Gracias, Dios mío y a usted también por haber llegado tan a tiempo a salvarle. Se trata de Fred Morgan, mi novio.

—¡Ya! Debí figurármelo. Habló de usted en su delirio y vertió frases de amor. Sospeché que tenía que ver algo con usted.

Ella, angustiada, suplicó:

—¡Por lo que más quiera! Lléveme a su lado.

—Lo haré, señorita. Primero para que se ocupe usted de él y lo atienda y segundo para quitarla de en medio. No sólo está usted en terrible peligro y no conseguirá nada, sino que estorbará mi actuación. Necesito que nadie sepa que está usted aquí hasta el momento oportuno.

—Pero... ¿tan terribles cree usted a esos bandidos que ni a mí me respetarían?

—Ya lo está usted viendo. Han querido matar a su novio, me han tendido un lazo para suprimirme y todo por continuar disfrutando del rancho. ¿Cree usted que por tratarse de una mujer se iban a mostrar generosos?

—¡Oh, tiene usted razón! Vámonos de aquí. ¡Tengo mucho miedo!

—Bien. Ahora mismo nos iremos, pero antes tengo que hacer algo que para usted resultaría muy desagradable. Haga el favor de montar en su caballo y seguir la senda hasta la salida del pueblo. Donde el camino se encajona con los taludes, hay un sendero que corta la pradera. Tómelo y espéreme allí.

—¿Qué va a hacer usted?

—Algo que vaya poniendo las carnes de gallina a esos miserables. Tengo que dar señales de vida, pero de forma que les haga perder la cabeza. ¡Váyase, se lo suplico!

Eva, asustada, salió de la oficina y montó a caballo desapareciendo de allí. Sol, desde la puerta, la siguió con la vista hasta verla desaparecer.

Algunos transeúntes cruzaron por delante de las oficinas a larga distancia y hasta echaron una ojeada ansiosa hacia Sol, pero nadie osó acercarse. Nadie olvidaba las amenazas de Alexis y el que más y el que menos no quería verse expuesto a sufrir las represalias por contravenir sus órdenes.

La gente adivinaba que algo había sucedido. El tiro había sido captado desde varios lugares y la gente, en la taberna o en el interior de las casas, comentaba el suceso, pero nadie osaba darse a ver por si se metía de manera inconsciente en una trampa.

Sol se alegró de aquella soledad y volviendo al interior de la oficina, tomó papel y pluma y escribió sobre un papel.

«Sol King, «el Vengador», ha resucitado y como prueba de ello, ha empezado a pasar su mortal factura a los que pretendieron asesinarle. Este es el primer buitro que ha caído a sus manos. No tardarán mucho en caer Alexis Hoare y toda su cuadrilla,

«El Vengador.»

Prendió el papel en el pecho del fingido *sheriff* y buscando una cuerda, cargó con el cadáver y salió a la plaza.

Un frondoso árbol frente a la oficina le atrajo y después de pasar la cuerda por una rama, apretó un nudo en la garganta del muerto y le elevó de la rama dejándole pender grotescamente.

Luego, montó a caballo y desapareció a todo galope, al tiempo que algunos curiosos, horrorizados, se acercaban al cadáver para contemplarle.

Capítulo IV

UNA PELEA Y UN AVISO



ECIBIDA la noticia del insólito suceso desarrollado en las oficinas del *sheriff*, corrió como un reguero de pólvora por el poblado. Alguien se había acercado tanto al cadáver de Tom, que pudo leer el escrito dejado por Sol sobre su pecho y al saberse que «el Vengador» había hecho su aparición en el poblado, la gente pareció respirar con más desahogo y se mostró hasta más decidida y menos medrosa.

El nombre de Sol era una garantía. Ciertamente que sospechaban que Alexis y los suyos eran muchos y muy duros para un solo hombre, pero Sol era Sol y todos abrigaban la secreta esperanza de que triunfaría y libraría al poblado de semejante hatajo de coyotes.

Habíanse reunido un regular grupo de desocupados rodeando al ahorcado, cuando un jinete avanzó a todo galope hacia ellos y como alguno reconociera a Alexis, la reunión trató de disolverse como ratas asustadas ante un buen perro de caza, pero el cruel capataz, avanzando raudamente, adivinó que algo raro había sucedido y sacando el revólver, gritó:

—¡Quietos todos, maldita sea vuestra alma! Al primero que intente escapar le deshago a tiros,

La gente, asustada, se quedó tensa en los lugares donde les cogió el intento de huida y Alexis acercando el caballo, descubrió con infinita ira que aquello que pendía del árbol era el cadáver de su peón.

Con los ojos inyectados en sangre por la ira, cubrió a todos con el revólver, rugiendo:

—¿Quién ha hecho esto? Maldito sea vuestro corazón. ¡Hablar, o me lío a tiros con todos!

El más próximo, asustadísimo, balbució:

—¡Si no lo sabemos! Al pasar por aquí hemos visto el cadáver colgado y nos hemos acercado... No sabemos nada, pero me parece

que hay algo escrito en el pecho del muerto.

Tanto le había cegado la ira a Alexis, que no había reparado en el escrito. Se acercó y tomando el papel de un tirón lo leyó.

Al descubrir debajo el nombre de «el Vengador», una oleada de sangre afluyó a su rostro. Sus hombres habían cometido una torpeza la noche anterior y ahora se encontraba frente a un enemigo que, además de ser muy peligroso, estaba avisado.

Arrugando el papel, se lo guardó en el bolsillo, rugiendo:

—¿Quién ha visto algo más? ¡Hablar, por el infierno! Hablar, o a alguno le haré callar para siempre.

Todos se miraron y uno más timorato, exclamó:

—Yo he visto salir de las oficinas a una muchacha joven y luego a un tipo alto y flexible. Se encaminó hacia la senda del Norte.

—¿No habéis visto más?

—Te juro que no.

Loco de furor, se dirigió a los tres más cercanos, gritando:

—Sujetar el cadáver. ¡Pronto! Voy a cortar la cuerda.

Los tres, con repugnancia, se acercaron sosteniendo el rígido cuerpo. Alexis acercó el caballo y desde él cortó de un tajo de cuchillo el cordel.

—¡Atravesarlo a la grupa de mi caballo! —ordenó.

El cuerpo de Tom fue atravesado como un fardo y Alexis, rabioso, gritó:

—¡Alguien va a tragar plomo hasta reventar con él! Esta muerte no quedará sin venganza y va a servir de ejemplo para que se sepa lo peligroso que es hacerme cosquillas en la piel.



—¿Quién ha visto algo más?

Y a todo galope, emprendió el camino del rancho llevando en la zaga el bamboleante cadáver de su compañero.

Cuando llegó a la cerca, el peón que vigilaba le reconoció dejándole el paso franco, pero al observar la fúnebre carga con que penetraba en el patio, retrocedió sorprendido, gritando:

—¡Por los cuernos del diablo, Alexis! ¿Qué carroña traes ahí?

El capataz se apeó de un salto y gruñó:

—¿No le conoces? Pues acércate y vete llevando las manos al cuello por si sigues su camino.

El peón se acercó reconociendo a Tom, pero al descubrir en su cuello el trozo de cordel, llevó involuntariamente las manos a su garganta gritando roncamente:

—¿Quién... quién... ha hecho eso?

—¿Quién? Ya lo sabrás. ¿Dónde están esos cerdos?

—En el comedor. Te esperábamos para almorzar.

Un rumor de voces broncas y risas ásperas, emergía del cobertizo destinado a comedor. Los peones, seguros de haber eliminado el grave peligro que se había cernido sobre ellos, comentaban la hazaña de la noche anterior y Walter, dándoselas de héroe, recalca los detalles de la emboscada y la fina puntería de todos.

—Cuatro balazos clavados todos junto al corazón. Fué una caza

magnífica.

Alexis, con su brusquedad y sangre fría acostumbradas, tomó el cuerpo del muerto entre sus robustos brazos y se dirigió directamente al comedor. Los peones esperaban impacientes su regreso y la mesa se hallaba ya preparada para servir el almuerzo.

De un terrible puntapié abrió la puerta y lanzando el cuerpo de Tom, lo tiró sobre la mesa, clamando;

—¡Tomar, hatajo de estúpidos! Para que vayáis haciendo boca.

Todos se levantaron como impulsados por un resorte volcando las banquetas al retirarse asustados de la mesa y luego clavaron sus ojos en el muerto. Un clamor de rabia brotó de todas las gargantas.

—¡Por Judas, maldito sea tu corazón! ¿Qué significa esto?

—¿Y me lo preguntáis? Esto es vuestra obra... la obra de «el Vengador»... al que vosotros habíais eliminado tan certeramente.

Un griterío aterrador se armó en el cobertizo. Todos pedían detalles y Alexis, furioso, dio los pocos que poseía mostrándoles la nota dejada por Sol.

—Pero... ¡si no puede ser!—balbució Walter—. Estamos seguros de haberle clavado los cuatro tiros en el corazón.

—¿A quién?

—A «el Vengador». No le creo con siete vidas como los gatos.

—Tú no crees nada, porque eres un cretino — vociferó Alexis—. Fuiste tan idiota, que disparaste sobre el primero que cruzó la senda, el diablo sabrá de quién se trata, y te viniste tan ufano. Disparasteis por miedo y os vinisteis al rancho a todo galope por si el espíritu de ese fanfarrón os tomaba por los pelos y os azotaba como a los chicos.

Walter, rabioso, miró a Alexis con ojos homicidas. Se tenía por un bravo a quien no agradaba mucho la superioridad que el capataz se atribuía sobre él y por cualquier detalle se sentía irritado.

—Me estás insultando, Alexis, y sabes que eso no se lo consiento a ningún nacido.

—¿Qué quieres decir?—gruñó el capataz que necesitaba desfogar su ira contra alguien.

—Que el hecho de que fueses el capataz cuando murió el patrón, no te da derecho a mandar sobre nosotros y a tratarnos como a guiñapos. Esto es de todos y nadie es más dueño que los demás.

—¿Tú crees? Yo soy la cabeza visible aquí. Estoy jugándome muchas cosas por todos y no admito que los haya tan imbéciles que estropeen todo y hagan más peligrosa la situación en que estoy. ¿Te enteras? Mando y mandaré porque fui el promotor de esto y porque por arrestos nadie me disputa la autoridad. Si crees que puedes

hacerlo tú, prueba.

Walter, fuera de sí, llevó la mano con celeridad al revólver para replicar al reto. Era un impulsivo ciego, demasiado confiado en su fuerza y su habilidad y ello le perdió, pues Alexis que le había provocado deliberadamente y estaba seguro de cuál sería el final de la discusión, se hallaba más preparado que su rival para ello. Con más celeridad que él, disparó desde el ángulo de la mesa con sólo inclinar la funda de su revólver sin extraerlo. Walter, sin tiempo para disparar, soltó el arma emitiendo un terrible rugido y se inclinó de costado hasta escurrirse al suelo, donde quedó revolcándose en las angustias de la muerte.

Alexis temió la reacción de sus compañeros y antes de darles tiempo a salir de su sorpresa, tenía empuñada el arma.

—Vosotros habéis sido testigos de que pretendió disparar el primero, aunque no le dejé. No era mi intención matarle. Siendo muchos, somos pocos para defendernos de tan serio peligro, pero este imbécil de fanfarrón os ha puesto en más peligro que corríais por su tontería... Si alguno no está conforme con lo hecho...

Nadie se atrevió a refutarle. Realmente, Alexis era un elemento peligrosísimo al que todos temían por su ceguedad y espíritu satánico.

Como nadie contestara, añadió:

—Bueno, a fin de cuentas, habéis salido ganando. La parte de estos dos se añadirá a la del resto.

Aquello pareció convencerles. Eran muchos a repartir y cuantos menos fueran, mayor beneficio les correspondería.

Alexis dándose cuenta de que había evitado tener que enfrentarse con el resto de la cuadrilla, ordenó;

—Llevaros esas carroñas y enterrarles en cualquier lugar. No olvidéis que el asunto está serio. Nadie sabe con la gente que puede contar ese matón y tenemos que estar en guardia y muy unidos. Ahora, en cuanto comáis, necesito que os echéis por los alrededores del pueblo a realizar una investigación que puede ser muy beneficiosa. Sé que «el Vengador» y una joven que estuvo con él en las oficinas, se han alejado por el Norte de la senda. Sospecho que haya sido capaz de traerse a la heredera y hay que localizar dónde se esconden. Si los descubrimos y conseguimos eliminar a los dos, la cosa habrá quedado resuelta rápidamente y para siempre.

Los peones, convencidos de sus argumentos, se trasladaron a la cocina, donde de pie, devoraron el condumio preparado por el cocinero y después, salvo cuatro que quedaron para guardar el rancho con Alexis, se dispusieron a registrar los contornos.

—Tener cuidado—advirtió el capataz—, y marchar en grupos de tres cuando menos. Podéis enfrentaros con «el Vengador» y uno solo correría serio peligro. Descubrir su escondrijo y esta noche les atacaremos en masa y ya veremos si sigue fanfarroneando como lo ha hecho hasta ahora.

Los peones abandonaron el rancho separándose en grupos y se dispusieron a hacer una descubierta en regla. Estaban convencidos de que Sol era un peligro real y les interesaba mucho deshacerse de él.

* * *

Entretanto Sol se había reunido con Eva y guiándola la llevó hasta la granja donde yacía el herido.

«El Vengador» presentó a la joven al granjero y a su yerno y ambos acogieron a la muchacha con agrado admirando su temple y su decisión.

Ella, angustiada, inquirió:

—¡Por favor! ¿Dónde está Fred?

—Pase y le verá. No adelantará nada, pues sigue sin conocimiento, pero el médico ha venido hace un rato y parece bastante satisfecho. Venga.

Le llevaron a la alcoba donde estaba el herido y Eva tuvo que realizar verdaderos esfuerzos para mostrarse un poco serena.

Contempló al herido con angustia y preguntó:

—¿De verdad que no me engañan? ¿Es cierto que el médico tiene esperanzas de que se salve?

—Sí, señorita. Salvo alguna complicación, eso cree.

—¡Oh! Yo le cuidaré como merece si ustedes me lo permiten. Ya que han sido tan buenos, no le abandonen.

—No pase temor. Aquí estará hasta que pueda salir por su pie.

—¡Cuánto se lo agradezco! Es lo único que tengo en el mundo. Nos queríamos casar dentro de unos meses y...

Sol intervino para preguntar:

—¿Cómo se le ocurrió a usted mandarle a ciegas aquí?

Ella se juntó a la cabecera del lecho y contestó:

—Les contaré a ustedes todo. Yo soy huérfana. Al morir mi madre, acababa de concluir la carrera de maestra y para atender a mi subsistencia, solicité una plaza vacante en Garfield, un pueblo próximo al Lago Salado. Allí conocí a Fred, que actuaba de capataz en un rancho de las afueras del pueblo.

»Fred es un muchacho muy bueno y nada cobarde. Cuando me

atreví a comunicarle lo que pasaba, se mostró un poco triste. Creía que el hecho de haber heredado yo un rancho nos distanciaba para el matrimonio por no contar él más que con su empleo, pero yo le hice ver que no debía preocuparse de eso. Si él me había querido cuando yo era una simple maestrilla y yo a él siendo un simple *cowboy*, ni yo por haber heredado, ni él si hubiese sido al contrario, debíamos medir el futuro por lo que la suerte nos deparara.

»Realmente jamás conté con semejante herencia. Mi tío era un hombre muy huraño al que no había visto hace más de quince, años y del que jamás recibí un solo dólar para ayudarme a vivir.

»Pero como era su única heredera, debía aceptarlo y entonces Fred al saber lo que sucedía con el rancho, se propuso venir a rescatarle.

»Yo me opuse, él se obstinó. Decía que si iba a disfrutar de él, lo menos que podía hacer era intentar su rescate, y hemos luchado mucho, pues yo temía por su suerte.

»Últimamente, al recibir noticias de la novia de este valeroso joven, me sentí animada y se lo comuniqué. Entonces él, dijo que era una vergüenza que un extraño intentase lo que era su obligación y decidió venir, pues según afirmaba, uniéndose a «el Vengador» entre los dos podían hacer mucho para acabar con esos rufianes.

»Le prohibí que se moviese, pero al siguiente día recibí una carta despidiéndose de mí. Me decía que no podía tolerar estar ausente en el peligro y que sólo contribuyendo a acabar con los expoliadores accedería a ser un día propietario del rancho por derecho matrimonial. Inmediatamente que recibí la carta, decidí ponerme en camino. Si él corría un grave peligro por mi causa, yo debía correr su misma suerte, pero la ventaja que me llevaba ha servido para que sea la primera víctima de esos cobardes.

»Esta es la historia. Si no le hubiesen atacado a traición, Fred era un hueso muy duro de roer y ahora... No sólo se verá privado de tomar parte en la lucha, sino que acaso no salga con bien de ella sin llegar a iniciarla.

Sol tranquilizó a la muchacha sobre su pesimismo, asegurando que Fred saldría de aquel grave trance y como la muchacha se hizo simpática a los granjeros, éstos le brindaron toda suerte de facilidades para que se quedase allí tanto tiempo como fuera preciso.

Más tarde, cuando los tres hombres reunidos a solas discutían planes para poder atacar con eficacia a Alexis y su cuadrilla, el viejo granjero, con toda lealtad, advirtió:

—Tenga usted en cuenta, Sol, que si fracasa usted todos vamos a

pagar las consecuencias. Alexis es carne de cordel y lo sabe, por eso no retrocede ante nada. Si sospecha que mi granja se puede convertir en su cuartel general, no vacilará en pegarla fuego por los cuatro costados.

—Sentiría causarles algún perjuicio después de su buen comportamiento — lamentó sinceramente Sol —, Voy a evitarlo abandonando esta casa. Buscaré algún lugar propicio por los recovecos de las montañas y alejaré de ustedes toda sospecha. La joven y su novio pueden quedar aquí y como no han de salir para nada ni se darán a ver, nadie podrá sospechar de ellos.

El granjero se opuso enérgicamente:

—Eso no. Está usted exponiéndose por una causa justa y es nuestro deber arriesgar lo que sea por ayudarle. Mi advertencia es para que se muestre lo más cauto posible y no sospechen que se alberga usted aquí.

—Ya veremos lo que hago. Tengo que estudiar el rancho y buscar la forma de atacarle. No hay como acosar al lobo en su madriguera. Por hoy permaneceré oculto. La muerte del falso *sheriff* debe haberles enfurecido y me estarán buscando como lobos. Quizá esta noche a altas horas salga a hacer una descubierta.

Las horas del día transcurrieron sin incidentes. El granjero le suministró algunos detalles del poblado, del rancho y de sus moradores y Sol los apuntó en su memoria por si le eran necesarios.

Cerrada la noche, cenaron en un comedor cuya ventana daba al lado derecho de la finca que por aquel lado casi se pegaba a la cerca. El granjero la había construido de forma que toda la huerta la abarcara desde uno de los lados.

Eran aproximadamente las once y Sol se obstinaba en abandonar la hacienda y dar un paseo hasta el rancho, cuando uno de los cristales de la ventana saltó en pedazos debido a un golpe violento y algo penetró en el interior rebotando contra la puerta fronteriza.

Los tres, sorprendidos, se arrojaron al suelo por temor a que las balas penetrasen alcanzándoles y Sol se disponía a asomarse con el revólver empuñado, cuando el granjero que había localizado el objeto y lo tenía entre sus manos, advirtió:

—Escuche, Sol, ha sido una piedra y viene envuelta en un papel.

El granjero, desdobló aquél y al examinarle, lanzó una exclamación:

—¡Si es un aviso!—gritó nervioso—. ¡Y viene dirigido a usted!

Sol lo tomó intrigado creyendo que era un reto de sus enemigos que le habrían descubierto, pero cuando examinó el escrito, ahogó una exclamación de sorpresa y se puso densamente pálido.

El aviso, breve y conciso, decía:

«Sol, ten mucho cuidado. Los chacales del rancho «Doble Estrella» te han localizado en esa granja y sospecho que esta noche piensen asaltarla. No te confíes.

El Jinete Fantasma.»

Los tres se miraron con asombro y el granjero preguntó:

—¿Qué jinete es ese?

Sol, sin poder contener su emoción, replicó:

—Lo ignoro. Sólo puedo decirles que en cierta ocasión me salvó la vida cuando había sido herido y que en otras me ha ayudado eficazmente a triunfar. No sé quién es, dónde habita, dónde va y de dónde viene. Sólo sé que podría llamarle la sombra de «el Vengador». Averigua muchas cosas muy importantes, me facilita datos y me ayuda con un valor y un heroísmo extraordinarios. Maneja el revólver magistralmente y viste de negro cubriendo su rostro con un antifaz. Huye de mí como del diablo y jamás he podido aproximarme a él.

—¡Qué curioso y qué extraño! —comentó el granjero. No compagina una cosa con otra.

—No; y, sin embargo, es así. Daría media vida por saber quién es y poderle agradecer la ayuda que me ha prestado. No se equivoca nunca y cuando da un aviso o un consejo, debe ser tomado al pie de la letra.

—¿Cómo andará por aquí y cómo se habrá enterado de lo que ha descubierto Alexis?

—No lo sé. Es otro de sus misterios, pero no me cabe duda de que los ha espiado. Seguramente alguien les informó de que me vio por estos alrededores y han estado buscando mis huellas. Señores, no tomemos a broma el aviso y dispongámonos a hacer cara a esa cuadrilla. ¿Tiene usted gente capaz de ayudarnos?

—Sí. Aquí dispongo de tres mozos que manejan los rifles. No serán tan eficaces como nosotros, pero para el caso valdrán.

—Pues haga el favor de traerlos. Prepare las armas que tenga y vamos a elegir los lugares de la defensa. Por lo pronto, nada de luces al exterior. Se ve mejor desde aquí y se les confiará para el ataque.

Y febrilmente, se dispusieron a organizar la defensa.

Capítulo V

UN ATAQUE FRUSTRADO



OMBRES experimentados en el rastreo, los secuaces de Alexis fueron a la búsqueda, dando el resultado apetecido. Después de diseminarse por los alrededores, terminaron por descubrir las huellas de los caballos de Sol y la muchacha y seguir su rastro hasta la granja.

Un furor enorme les dominó al comprobar que alguien del poblado había desdeñado sus trágicas advertencias y a todo galope, regresaron al rancho a dar cuenta al capataz de su descubrimiento.

Alexis montó en cólera y decidió tomar cumplida venganza. No sólo cazaría a Sol, el enemigo más temido que podía salirles al paso, sino que haría pagar caro a los granjeros por haber amparado a «el Vengador».

—¿Os ha visto alguien?—preguntó receloso.

—No lo creemos—respondieron los peones—. Cuando descubrimos las huellas de los caballos, nos separamos y yo las seguí como si cruzara por delante de la granja. No había nadie a la vista y no creo que hayan sospechado nada.

—Bien. Esta noche, alrededor de las doce, atacaremos la granja por sorpresa. Les daremos un gran escarmiento.

Con insólita impaciencia, dejaron transcurrir las horas que restaban del día y cuando ya estaba bien avanzada la noche, abandonaron el rancho en silencio y dando un gran rodeo para evitar cualquier indiscreción, se dirigieron a la granja.

Alexis hizo una descubierta comprobando que la hacienda aparecía en completa calma. No se veía una sola luz y todo indicaba que sus moradores se habían entregado al sueño.

El capataz regresó a reunirse con sus hombres, diciendo:

—Vamos a saltar la cerca en silencio y a procurar penetrar dentro. Si las puertas se hallasen cerradas, lo intentaremos por

alguna ventana. ¡Que no se escape nadie y no dar tampoco a nadie cuartel! Han de morir todos por cerdos y luego prenderéis fuego a la hacienda. Veremos si con esto escarmientan de una vez los demás.

Tres peones prepararon bidones de petróleo que habían portado en los caballos y los demás, silenciosamente, se encaminaron a la cerca dispuestos a saltarla.

Diez hombres decididos se encaramaron sobre la trama de troncos de árbol que la formaban, montando a horcajadas sobre ella para saltar al otro lado, pero en aquel crítico momento, cinco detonaciones, surgiendo de otras tantas ventanas del edificio, rasgaron el silencio de la noche y varios gritos de rabia y dolor respondieron como un eco.

Los rufianes, sorprendidos, se arrojaron a tierra tratando de evadir los disparos que brotaban ahora sin interrupción, pero ya los primeros tiros habían alcanzado a algunos de los asaltantes, que se debatían en tierra rugiendo como fieras.

Alexis, que había escapado a la sorpresa por un verdadero milagro, vociferaba exasperado y escondido tras la cerca como mejor le era posible, disparaba con ira contra las ventanas del edificio, de las que seguían brotando los fogonazos de los revólveres de Sol y los granjeros.

Eva que no había sido avisada de lo que iba a suceder acudió asustada a una de las estancias, donde Sol, parapetado tras un colchón, disparaba con calma buscando las siluetas de los asaltantes para aprovechar los tiros, pero los rufianes de Alexis, pasado el primer momento de estupor, se habían parapetado de forma que era difícil localizarlos.

La joven, asustada, preguntó:

—Sol, por favor, dígame qué sucede.

—Poca cosa; que nos habían descubierto y han pretendido asaltar la granja por sorpresa, pero han fracasado. Estábamos avisados y los sorprendidos han sido ellos.

—Bien, deme usted un arma —dijo con resolución—. Yo también sé disparar y contribuiré a defender mi propia vida.

—No creo que sea preciso —afirmó Sol—. Serían unos insensatos si pretendiesen penetrar a pecho descubierto.

—No importa. Haga el favor de darme su otro revólver.

Sol, admirando su entereza, le entregó el arma y Eva, tomando posiciones en la ventana de la estancia contigua se sumó a los defensores.

Unos y otros cambiaban proyectiles ya sin resultado práctico y la

situación no podía resolverse de aquella manera.

Alexis, con los ojos centelleantes de ira, se retiró de la cerca reptando por la pradera como un sapo y se acercó a los caballos que habían quedado retirados del lugar de la lucha. Junto a ellos, se hallaban las latas de petróleo abiertas.

Silbó de una manera peculiar y algunos de los peones se acercaron a él. Todos estaban rabiosos y rechinaban los dientes con furor.

—Que se retiren todos—ordenó Alexis—. Arrastrar como podáis a los heridos y luego, tres decididos que se acerquen cuanto puedan y rocíen de petróleo la empalizada prendiéndola fuego. Los demás a caballo y cuando intenten salir a sofocar el incendio, antes que alcance el edificio, disparar sobre ellos hasta acribillarles a balazos.

Los peones, siempre arrastrándose por tierra para hurtar el cuerpo a las balas, consiguieron retirar a los caídos. Eran cuatro. Uno había muerto, otro estaba muy grave y dos podían ser salvados, pero se encontrarían retirados de la vida activa durante algún tiempo.

Tres de los más decididos peones avanzaron con el petróleo y no sólo rociaron la cerca, sino que desparramaron parte del contenido por la parte interior. Así, al arder el cercado, las llamas se adentrarían en la huerta y alcanzarían más fácilmente la hacienda.

Por parte de los forajidos, el tiroteo había cesado, pero Sol no se fiaba de aquella calma aparente y se preguntaba qué estarían ideando para conseguir sus siniestros propósitos.

De súbito, varias llamaradas brotaron de diversos lados de la cerca y una lluvia de proyectiles cayó sobre las ventanas y la puerta para impedir que nadie pudiese salir al exterior.

Sol lanzó un terrible juramento y gritó:

—¡Tratan de prender fuego a la granja! ¡Canallas!... Señor Braynt, dígame qué podemos hacer para evitarlo.

El rancharo, rechinando los dientes y pálido como un muerto, se estaba dando cuenta de la trágica situación en que se encontraban. Si ardía la hacienda, se vería en la mayor miseria arruinándose así el esfuerzo de muchos años.

—¡Dios de Dios!—exclamó con desaliento—. ¿Lo sé yo acaso? Había que barrer a esos forajidos, de ahí para intentar apagar el fuego antes de que se corra hacia aquí.

—¿Hay alguna otra salida?

—Sí. A la parte posterior.

—Pues no nos queda más solución que salir por allí e intentar batirlos desde, la huerta. Estaremos más al descubierto, pero será la

única forma de conseguir algo. Prepárense antes de que el fuego adquiriera proporciones incontenibles.



Los rufianes, sorprendidos, se arrojaron a tierra...

Se disponían a salir desdeñando la lluvia de plomo que caía sobre las ventanas; disparada desde los caballos de los forajidos que trotaban de un lado para otro, vigilando un gran sector, cuando se oyeron gritos de aviso y el furioso galope de un caballo se unió a los estampidos de los revólveres.

Por un momento, el tiroteo cesó y el galope del caballo resonó más seco y cercano, hasta que la sombra del jinete se boceto borrosamente en la noche azulada.

Como una exhalación cruzó a distancia prudencial frente al grupo formado por Alexis y sus peones y súbitamente, del cuello de su montura, brotaron dos llamaradas rojizas seguidas de dos secas detonaciones. Uno de los rufianes recibió un tiro en pleno pecho y otro sintió como si le hubiesen aplicado al hombro un hierro ardiendo.

Alexis rabioso, disparó. El proyectil bien dirigido, pasó silbando junto, al inclinado cuerpo del jinete, pero éste se salió de las líneas de tiro burlándose de sus enemigos.

El capataz, furioso, rugió:

—¡Media docena de vosotros, seguirle hasta deshacerle a tiros! Me interesa saber quién es ese osado demonio.

Seis peones se destacaron a todo galope en pos del caballo del jinete fantasma, el cual, seguro de su montura en lugar de huir, trazó un amplio círculo con idea de volver a cruzar frente a la granja, despreciando el peligro que arrastraba a su grupa.

Los defensores de la hacienda habían captado el galope del caballo y suspensos, se preguntaron quién podría ser el aventurero que acudía en su auxilio, hasta que confusamente su negra y esbelta silueta se dibujó bajo el beso azulado de la luna.

—¡El jinete fantasma! —exclamó Sol con honda emoción— ¡Fíjense en él...! Es algo extraordinario a caballo.

Pendientes de su osadía, asistieron al rápido paso de su montura y cuando observaron que arrastraba en pos de él a parte de los atacantes, Sol rugió:

—¡Rápidos! Carguemos sobre esos forajidos ahora que son menos.

En tropel, salieron por la parte posterior y corriendo hacia la cerca con temeridad, dispararon sobre los que quedaban frente a ellos.

Alexis, sorprendido de aquella audacia, mandó avanzar a sus hombres, pero los defensores tirados contra la tierra, disparaban a través de los huecos de la cerca poniéndoles en seguro peligro.

Rabiosos se retiraron hacia atrás y Sol, intrépido, saltó por un lugar por donde aún la cerca no ardía y arrastrándose sin ser visto, consiguió asir por la brida uno de los caballos que habían quedado sin jinete. De un salto fantástico montó en él y espoleándole, se lanzó contra los peones que, asustados ante semejante prueba de valor, dispararon a ciegas.

Sol consiguió derribar a uno y herir a otro. El equipo, diezmado, retrocedió y en aquel momento, el jinete fantasma seguido de los seis peones que no lograban darle alcance, volvió a cruzar a prudente distancia disparando fríamente.

Sol gritó entusiasmado:

—¡Cuidado! Aquí «el Vengador». ¡Adelante con estos coyotes!

El jinete viró un poco para ponerse al lado de Sol y los peones se agruparon enfrente disparando rabiosamente, pero sus tiros pasaban silbando junto a los dos héroes sin alcanzarles.

Alexis, rabioso, viendo perdida la partida, gritó:

—¡Todos detrás de ese jinete! Le necesito aunque me cueste la vida.

El resto del equipo se lanzó en pos del jinete fantasma abandonando a Sol y la granja y «el Vengador», tras un momento de duda, desistió de seguir su misma ruta.

El misterioso jinete poseía uno de los mejores caballos que había visto en su vida y con el modesto penco que tenía entre las piernas, poco podía hacer para mantenerse a su lado.

Pesaroso desistió, regresando hacia la cerca, sobre la que habían caído los granjeros y sus peones intentando apagar el incendio.

Fue un trabajo rudo, pero lo consiguieron sin mayores desperfectos. Habían arrojado gran cantidad de tierra sobre el petróleo derramado en la parte interior y el siniestro quedó localizado únicamente en la empalizada.

Era casi de madrugada cuando todo conato de fuego había quedado reducido. Del intenso ataque, solamente quedaban como señales, los impactos de las ventanas, un buen trozo de cercado consumido por las llamas y dos cadáveres pegados a la tierra.

Los heridos habían conseguido huir, Dios sabía a costa de qué esfuerzos, y el resto del equipo, se había perdido en la pradera con dirección a los accidentes del terreno, detrás de la misteriosa sombra de aquel jinete audaz y dominador, que con tanta valentía y audacia había intervenido para desbaratar los planes de los forajidos.

Cuando cansados y rendidos los granjeros se retiraron al interior, el viejo que aparecía sombrío, exclamó:

—Ha sido maravilloso, Sol. Creo que gracias a él me he salvado de la ruina.

—Así ha sido, señor Bryant. Sólo yo sé de lo que es capaz ese jinete.

El yerno del granjero intervino para decir:

—¿Y no le ha sido posible nunca conocerle?

—No—dijo sombrío Sol—. Es la única espina que tengo clavada en el alma.

Eva, que había permanecido grave y callada, intervino para decir:

—No sé si me equivoco, pero... me ha dado la impresión de ser una mujer.

—Sí—dijo Sol—, hay detalles que así lo acusan. Sin embargo... posee cualidades impropias de una mujer por viril que ésta sea... No sé qué pensar y ese es mi tormento.

Eva, maliciosa, aseguró:

—¡Ah! Algún día puede que sufra usted una sorpresa deliciosa... Es mi sospecha.

—Pues yo pido a Dios que no acierte usted—afirmó sombrío Sol—, sería mi tormento eterno. Mi corazón ya no es mío y solamente puede tener un sueño en la vida.

Eva se dio cuenta de lo que quería decir y añadió:

—Perdone, había olvidado que... En fin, usted no puede evitar que las mujeres se enamoren de usted. Es lógico y humano. Quizá si yo no tuviese entregado también mi corazón, hubiese caído en la misma red...

—Muchas gracias Eva, pero no sé qué hacer para evitar estas contingencias. Tendré que poner pasquines por los árboles anunciando que soy una nulidad para el amor.

Capítulo VI

EL JINETE ACORRALADO



LEXIS, rabioso hasta el paroxismo por el fracaso que aquel audaz jinete le había impuesto, olvidó a Sol, el rancho y cuanto giraba en torno a él, para preocuparse únicamente de tan inopinado y misterioso enemigo.

Ardía en deseos de venganza y sólo podría satisfacerlos cuando consiguiese capturarle y hacerle pagar con sangre la que a él le había costado a costa de los hombres de su equipo.

De dieciocho que lo componía, habían desaparecido ya Tom, a quien matara Sol; Walter, que había sido eliminado por él y ahora, habían mordido el polvo para siempre tres, y dos se vieron obligados a retirarse incapaces de continuar la batalla.

Las bajas eran demasiado sensibles. Ahora, contándose él, quedaban sólo doce y si sufrían un nuevo golpe como aquel, pronto se verían en desigualdad de fuerzas para mantenerse como dueños de la situación.

Ya no podía permitirse el lujo de perder un hombre más, no sólo por la necesidad que de ellos tenía, sino porque entraría en su seno la desmoralización y terminarían por desertar, si no se volvían contra él acusándole de ser el causante de su derrota.

Tenía necesidad de cambiar de táctica y emplear la astucia más que la fuerza. Había tropezado con gente tan dura y segura como él y un encuentro cara a cara ya no era favorable a su método de lucha.

Furiosamente galopaba por la pradera en cabeza del grupo, animándole a no desmayar en la carrera.

También sus hombres se sentían animados del más trágico deseo de venganza. Era para ellos un bochorno saberse vencidos por un solo enemigo, que osado se había burlado de ellos, no sólo causándoles algunas bajas, sino jugando a demostrar que era más

valiente y mejor jinete que todo el equipo reunido.

A la luz brillante de la luna, seguían furiosos el rastro del jinete, el cual, con una ventaja bastante aceptable, galopaba raudamente, alejado del alcance de sus revólveres,

Alexis que poseía uno de los mejores caballos del rancho, hostigaba a su montura sin piedad para obligarle a sostener la marcha y aún aumentarla, pero a pesar de los esfuerzos del noble animal, no conseguía sacar un metro de ventaja a la distancia que les separaba.

—¡Maldito coyote!—rugió—. ¿De dónde habrá sacado esa maravilla de caballo? Poseo uno de los mejores de todo el Oeste y no consigo darle caza.

De sus hombres, sólo tres se mantenían bastante cerca de él. Los demás, se iban quedando poco a poco rezagados a pesar de intentar cuanto estaba a su alcance para no perder contacto con el grupo de cabeza.

Poco a poco, la pradera iba quedando atrás y ahora, el terreno se mostraba accidentado, amenazando convertirse en montañoso no tardando mucho.

Alexis se alegró de ello. Si el jinete fantasma se internaba por aquellas asperezas que él conocía muy bien, no podría sacar a su endemoniado caballo el rendimiento que le estaba sacando y terminaría por ser acorralado en algún laberinto de los muchos que poseía el traicionero monte.

Con los ojos chispeantes de alegría, procuraba mantener su montura al mismo trote; mientras no perdiese de vista a su enemigo se daba por conforme hasta que todos se hallasen en las asperezas rocosas.

El jinete no parecía preocupado con la perspectiva que se abría ante él. Sabía que únicamente los cañones y taludes podían prestarle un refugio seguro que burlase la tenaz persecución de aquella horda salvaje y seguía en línea recta, confiando a su caballo el encontrar los mejores pasos para internarse.

Y así, en aquella carrera alocada y trágica, les sorprendió el dorado amanecer, que como una explosión de incendio tiñó de rojo las cresterías de los montes y el fondo sombrío de las simas.

El jinete, ahora, caminaba por senderos naturales, difíciles y peligrosos y el noble animal, cansado, sudoroso, acusando las huellas de la huida, trotaba más despacio, no sólo para evitar romperse una pata, sino para orientarse por aquel laberinto de senderos estrechos y espinosos que le flagelaban a veces los flancos.

El jinete con el revólver empuñado, volvía constantemente la

vista atrás con ansia. Estaba cansado de aquella persecución pegajosa con la que no había contado y se preguntaba cómo y cuándo terminaría y por dónde saldría de aquel caos montañoso desconocido para él.

Por dos veces había observado que sus perseguidores se perdían entre los recovecos que iba dejando atrás y esto le animó. Quizá en una de aquellas revueltas que iba marcando, consiguiese desorientarles y más tarde ya vería cómo volvía sobre sus pasos.

Pero cuando más confiaba en su suerte, sufrió un terrible susto. Su caballo, después de haberse internado por fisuras y grietas bastante difíciles, habíase detenido desorientado al encontrarse encerrado en una pequeña cañada sin salida alguna.

El jinete, al darse cuenta de su situación, tiró de las bridas y murmuró angustiado:

—Vamos, pequeño, hay que salir de esta ratonera o nos cazarán a tiros. Que no se diga que por vez primera me has dejado en trance tan terrible.

El caballo retrocedió nervioso, olfateando el aire y dando señales de inquietud. Parecía adivinar un peligro cercano y se mostraba reacio a volver sobre sus pasos.

El jinete a pesar de este detalle, le hostigó a retroceder. Si se quedaba en aquel hoyo y era localizado, podía dar por seguro que no tendría salvación.

Por fin, consiguió obligarle a avanzar por una fisura bastante estrecha y espinosa que ascendía entre peñascales. No sabía dónde iría a morir el sendero, pero de momento, le bastaba advertir que le encumbraba y siempre las alturas serían más fáciles de defender que la parte baja y llana.

Al final se vio detenido de nuevo en una especie de agujero sembrado de enormes peñascales. El paso era difícil debido a los pedruscos que parecían una carrera de obstáculos colocados adrede y retroceder de nuevo le parecía demasiado peligroso.

Con el corazón palpitante de angustia, se detuvo escuchando. Lentamente iba captando rumor de voces agrias que se aproximaban y comprendió que había sido localizado el camino y que avanzaban registrándolo todo a su paso.

Aceptando la fatalidad, se apeó del caballo, le obligó a permanecer oculto tras un enorme peñascal y avanzando hasta la entrada del pino y sinuoso sendero, se apostó detrás de otro bloque roqueño con los revólveres en la mano.

Dentro de su situación trágica, gozaba de una posición relativamente ventajosa. Sus enemigos, si querían avanzar tenían

que hacerlo subiendo trabajosamente y exponiéndose a sus revólveres y el jinete estaba decidido a emplear hasta el último cartucho antes que entregarse. Ahora, las voces se hallaban más cercanas. Oyó el nombre de Alexis, una indicación señalando el pino sendero y órdenes terminantes de avanzar con precaución.



Pasaron varios minutos sin que nada se produjese...

Ya no cabía sino aceptar la lucha. Por un momento sintió temblar su fina mano oprimiendo el arma y un suspiro muy hondo salió de su pecho. Luego, se envaró y su brazo tenso pareció una barra de metal.

No podía pensar en auxilio de nadie. Estaba seguro de que Sol no les habría seguido, confiando en su habilidad para la fuga y, sobre todo, sabiéndole montado en un caballo que no era el suyo y que demostró ser poco corredor.

La suerte le negaba la ayuda que él generosamente había otorgado a los demás, pero no le pesaba haberlo hecho. Poseía un especial interés en facilitar el éxito a «el Vengador» y por él, todo lo daba por bien sufrido.

Atentamente escuchó. Los gritos y órdenes habían concluido y un silencio absoluto reinaba en las alturas, pero el fino oído del jinete captaba un suave roce que le indicaba que alguien se estaba arrastrando cautelosamente para intentar sorprenderle.

Tensionó sus nervios y esperó. Pasaron varios minutos, sin que nada se produjese, hasta que una cabeza asomó fugazmente a ras de tierra por un reborde del terreno y volvió a esconderse. Era un

explorador que registraba el sendero antes de aventurarse a avanzar más.

El jinete no se precipitó. Sabía que los nervios para nada servían cuando se jugaba uno la vida y él estaba dispuesto a jugársela con la máxima ventaja.

Transcurrieron varios segundos de mortal inquietud, hasta que la cabeza asomó de nuevo. El jinete oculto tras el peñascal, no se había asomado a él, pero estaba viendo la sombra del forajido reflejada en la pared contraria y por ella seguía todos sus movimientos.

Le dejó avanzar de manera prudencial y cuando consideró que no tendría tiempo a retroceder, asomó el brazo y disparó.

Un alarido de muerte siguió a la detonación. El rufián alcanzado en la cabeza, se pegó a la tierra como un sapo y no vivió lo suficiente para intentar el retroceso.

El jinete dejó reflejar una luz de viva alegría a través del hueco de los ojos de su negro, antifaz. Suponía que la trágica prueba serviría de aviso a los demás y que se abstendrían de volver a iniciar el avance por camino tan peligroso.

Alexis y sus hombres sufrieron un nuevo absceso de furor al darse cuenta de la trágica muerte de su compañero. Había localizado al jinete, pero éste gozaba de una posición tan ventajosa, que era peligrosísimo intentar penetrar por la fuerza en su madriguera.

Todo lo que les cabía hacer era mantenerse a la expectativa y sitiarle hasta que se viese obligado a rendirse. El procedimiento era muy largo y poco en consonancia con los nervios de Alexis.

Rabioso, celebró consulta con sus compañeros y éstos, después de estudiar el terreno, convinieron en que lo mejor era esperar a que fuese de noche para avanzar entre las sombras.

Se exponían a caer alguno, pero seguramente también su enemigo sucumbiría en la lucha.

Al capataz no le acabó de convencer el plan. Quería ahorrar vidas necesarias para defender el rancho y necesitaba deshacerse del jinete sin más bajas.

Rabioso, se separó de sus compañeros y se dedicó a examinar el terreno. Este se componía de enormes peñascales acumulados exóticamente y la tarea de escalarlos iba a resultar poco menos que imposible.

Pero si conseguían ganar la altura de alguno de aquellos ingentes bloques de piedra, tendrían a su enemigo debajo de ellos y desde allí les sería fácil eliminarle a tiros.

Dio cuenta del proyecto a sus compañeros y decidió no intentarlo hasta la caída de la tarde. El sol era también un enemigo temible, pues podía proyectar sus sombras al coronar los peñascales y poner sobre aviso al misterioso jinete, quien podría disparar sobre ellos quizá antes de que alcanzasen a poner el hoyo bajo sus revólveres. Como no se podía escapar, no tenían prisa y aunque sentían el escozor del hambre, se conformaron con saciarse de agua de un arroyo cercano.

Entretanto, el jinete esperaba devorado por la impaciencia. Ignoraba los planes de sus enemigos y se preguntaba que otro truco estarían estudiando.

Como pasara el tiempo y no intentasen asomar por el estrecho y pino sendero, sospechó que habían desistido de usar una vía tan trágica y confiando en ello, abandonó un tanto la vigilancia para examinar su encierro.

La estructura de los peñascales que formaban el embudo no le permitía desde el interior trepar basta ellos y no podía confiar en semejante cosa para evadirse. Estaba condenado a quedarse allí, Dios sabía hasta cuándo, y temía que al llegar la noche y amparados por las sombras pudiesen intentar el asalto con más éxito.

Después de recorrer el estrecho recinto, algo llamó su atención. Dos de los peñascales irregulares en su forma al unirse, dejaban casi a ras de tierra una grieta bastante espaciosa para permitir el paso de un cuerpo delgado y como él era flexible y escurrido, decidió aventurarse por aquella fisura.

Corría el peligro de verse atacado por la espalda mientras se dedicaba a tan extraña maniobra, pero tenía que correr aquel albur si quería intentar algo.

Como un sapo se introdujo en el intersticio avanzando trabajosamente. La ranura era demasiado estrecha y como apenas circulaba aire, se sentía asfixiado dentro de ella.

Pero la vida valía mucho y merecía toda clase de sacrificios; por ello, sintiéndose asfixiar, siguió avanzando en busca de la salida, si es que existía.

Debió tardar más de media hora en recorrer el espacio que mediaba desde el hoyo hasta un lugar donde distinguió sobre la tierra reflejo de luz. No se había engañado y aquello era un pequeño punto de salvación, pero no podía intentarlo en pleno día sin verse expuesto a ser capturado al salir.

Esperaría a que fuese de noche para repetir la prueba y si conseguía escurrirse de allí antes de que se lanzasen al asalto, confiaba en burlarles al amparo de las sombras.

Lo único que le oprimía el corazón era tener que dejar abandonado su caballo, pero no tenía más remedio si quería poner a salvo su vida que era lo primero.

Dominado por una terrible tensión nerviosa, esperó. El sol giraba lentamente marcando con lentitud su zona de sombras en la pared del hoyo, hasta que poco a poco fue desapareciendo para batirse en retirada.

Se acercaba el momento trágico y no debía precipitarse. Quizá no tardando mucho intentasen nuevamente avanzar por el sendero y debía cortarles el paso para detenerles algún tiempo y poder escapar mientras se decidían a probar fortuna de nuevo.

Dominando su impaciencia, se colocó de guardia detrás del peñasco con el oído pegado a la tierra. Ahora, apenas podía distinguir la senda a un par de metros, pero sí captar cualquier roce sobre la tierra.

Llevaba un rato vigilando, cuando le pareció oír el rumor que tanto anhelaba escuchar y envarándose, apretó el revólver con ansia y esperó.

Fueron más de cinco minutos de angustia mortal en los que el corazón parecía que iba a saltarle en el pecho.

Por fin, bruscamente, una sombra saltó elásticamente tratando de alcanzar el peñasco. El jinete disparó sin poder precisar el tiro y una maldición respondió al disparo.

No debía herir gravemente al forajido, pero evitó que éste saltase al interior y debido al fracaso otra vez reinó la calma en el hoyo.

El jinete no esperó más. Les había advertido que se hallaba vigilante y tardarían demasiado en volver a intentar la prueba. Cuando lo hiciesen, ya no estaría él allí.

Rápidamente corrió a la fisura y pegándose a la tierra se internó por ella audazmente. Si la suerte no le dejaba de la mano, confiaba en burlarles.

Apenas había avanzado un par de metros y se detuvo para tomar aliento, cuando percibió un roce que se acercaba a él y adivinando que alguien había descubierto el agujero y había tenido su misma idea, retrocedió suavemente debido a que dentro de aquel reducido espacio no había manera de pelear.

Lleno de inquietud alcanzó de nuevo el pozo. Por fortuna el ataque no se había repetido y se hallaba solitario. Esto le animó y colocándose junto a la salida de la fisura, desenvainó el cuchillo que llevaba al cinto y escuchó con ansia.

Una cabeza peluda asomó por el hueco tratando de contener la

difícil respiración. Se hallaba semi ahogado por la falta de aire y sus ojos congestionados no alcanzaban a ver la oscuridad.

Avanzó un poco y acabó de sacar la cabeza fuera. El jinete rápido como un relámpago, dejó caer la mano armada de cuchillo, clavándoselo certeramente en la nuca. El forajido lanzó un ronco estertor, se agitó durante algunos segundos y quedó inmóvil.

Entonces el jinete, apelando a todas sus fuerzas, tiró de él y lo sacó con grandes esfuerzos del hoyo arrastrándole hasta el peñasco, donde le dejó con la cabeza asomando un poco por detrás de la peña, para engañar a sus enemigos si volvían al ataque y obligarles a disparar sobre él avisándole así de su llegada.

Luego, intrépidamente volvió a introducirse en el hoyo, esta vez con el cuchillo en la mano. Si alguien se alzaba en sentido contrario, se lo clavaría en la cabeza sin darle tiempo a la defensa.

Pero nadie pareció intentar la prueba. Quizá el resto se hallase al otro lado esperando su entrada en el agujero, con lo que distraería al prisionero y les permitiría lanzarse al ataque nuevamente.

Cuando por fin medio asfixiado logró sacar la cabeza por el lado exterior y echó una profunda mirada, no logró distinguir a nadie. Aquella parte de los peñascales se hallaba solitaria y era la ocasión única para intentar la huida.

Se escurrió pegado a las peñas para hurtar el cuerpo a la indecisa claridad de las estrellas y pudo filtrarse por otras grietas cubiertas de maleza que amparaban su paso. El jinete gozoso se preguntaba qué harían los secuaces de Alexis y dónde se ocultarían que ni les había visto ni habían descubierto su fuga.

Siguió escurriéndose desorientado buscando las partes bajas, hasta que de súbito se enfrentó con un pequeño claro, en el que había agrupados algunos caballos. El corazón le latió con violencia al descubrirlos y acercándose audazmente, siempre buscando las zonas sombrías, observó que solamente un forajido se cuidaba de las monturas.

El jinete midió la distancia con la mirada eligiendo el caballo que quería montar y serenamente, encañonó al guardián disparando sobre él.

El tiro, bien dirigido, le abatió inopinadamente y el jinete de un salto fantástico, cayó sobre el caballo y lo lanzó por un ancho sendero que se abría ante él, desapareciendo cuando el herido a costa de un terrible esfuerzo, había logrado sacar el revólver y disparar aunque inútilmente.

Los dos disparos provocaron la alarma entre Alexis y sus

hombres, que como lagartos trepaban por los peñascales y se hallaban próximos a coronarlos.

Alguien a costa de un gran esfuerzo, llegó a la cima de uno y de un salto peligroso, cayó dentro del hoyo, descubriendo que el sitiado había huido. En cambio, uno de sus compañeros, que habiendo descubierto la fisura se introdujo por ella sin advertirlo intentando ser él el que sorprendiese a su enemigo, aparecía muerto de una terrible cuchillada en el cuello.

El bandido a grandes gritos, dio cuenta del descubrimiento y Alexis, furioso, saltó del peñascal exponiéndose a romperse una pierna.

Rugiendo como un tigre, llamaba a sus hombres hasta conseguir reunirlos y desesperados, alcanzaron el claro donde habían dejado los caballos, descubriendo allí a su compañero revolcándose en un charco de sangre.

La locura se había apoderado de todos. Habían sido burlados de una manera trágica y de doce hombres que se internaran en la montaña seguros de triunfar sobre uno solo, dos debían quedar allí para siempre y otros dos se hallaban seriamente heridos.

Alexis, loco de furor, dio orden de que dos se quedasen para cargar con sus compañeros heridos y él con cinco emprenderían la persecución del jinete, pero al buscar su caballo, su desesperación aumentó de grado. El misterioso enemigo había huido en él.

Pero al hacerlo, había dejado su propia cabalgadura y Alexis, corriendo en su busca, montó en ella y la obligó a deslizarse por la pendiente, siguiendo las huellas del jinete fantasma.

Capítulo VII

ATAQUES Y CONTRAATAQUES



OFOCADO el incendio, y renacida la calma entre los moradores de la granja, Bryant, preocupado, comentó:

—¿Qué habrá sucedido con ese bravo jinete, Sol? Me temo que sean demasiados enemigos para él.

—Yo no. Sé mucho de su audacia y confió enormemente en su caballo. Creo que aún es mejor que el mío.

Ante esta seguridad, nada añadió y Sol, preocupado con el porvenir, dijo:

—Tengo una idea y voy a ponerla en práctica. Creo que es el momento más adecuado.

—¿Cuál?

—Hacer una visita al rancho ahora que no debe haber nadie allí, o si acaso, muy poca gente. Sería un golpe de efecto posesionarse de él y recibirles a tiros cuando regresasen de su inútil excursión.

El yerno del granjero que ardía en ira contra los rufianes, no pudiendo perdonarles su intento de arruinarles, se irguió diciendo:

—Si se decide usted a ir, yo le acompaño. Tengo que cobrarme su infamia y nunca mejor que ahora.

El viejo ranchero se alarmó. Podría sucederle algo grave y no eran los momentos más adecuados para hacer sufrir una trágica impresión a su hija.

Sol adivinó sus pensamientos y se apresuró a advertir:

—No. Usted no es el más indicado. Acaba de ser padre y su esposa no está en condiciones de ser abandonada para semejante empresa. Déjeme a mí que yo me las arreglaré solo.

Fue Bryant el que se adelantó para decir:

—Tampoco irá usted solo. Soy yo el que le acompañaré. También yo tengo algo que saldar con esos buitres y si me sucediese algo, no descompondría la hacienda. Le acompaño, Sol.

Este se opuso tenazmente, pero el viejo ranchero, terco, afirmó:

—Es igual. Si no quiere que le acompañe, iré solo.

Ante su obstinación, tuvo que transigir y Eva que asistía a la pugna sin intervenir en ella, terminó por terciar en la disputa.

—Creo que quien está más obligada a ir allí soy yo, ya que el rancho es mío.

—Muy bien, señorita, pero su presencia allí no es necesaria para reconocer sus derechos. Son hombres decididos los que se necesitan y no mujeres que estorben nuestros movimientos.

La respuesta áspera, atribuló a la joven. Sol lo leyó en sus profundos ojos, pero no podía mostrarse blando con ella, pues se hubiese agregado a la partida embarazando su libertad de acción.

Se retiró mohína, no sin que Sol advirtiese:

—Creo qué hace usted más falta aquí, señorita Eva. Si su novio a causa de la fiebre se arranca el vendaje y con ello se proporciona la muerte, usted sería la responsable. Cuídele como merece, que de sus intereses nos cuidamos nosotros.

Sol montó a caballo siendo imitado por Bryant y ambos a todo trote, se alejaron de la granja para encaminarse al rancho «Doble Estrella».

Este se erguía orgullosamente en lo alto del cerro, sobre la amplia meseta que lo coronaba y Sol decidió dar un gran rodeo para llevar a cabo su plan, no por el frente de un modo descarado que sirviese de aviso a los que le custodiasen, sino escalando el cerro por su parte trasera próxima al río.

Cuando llegaron al pie del cerro, Sol se apeó y dejando sueltas las bridas de «Stard», dijo al granjero:

—Quédese al cuidado de los caballos, voy a ver si consigo descubrir algo escalando esta parte del cerro, poco fácil para la subida y, por ello quizá, poco vigilada.

El granjero no se mostró conforme con el plan de Sol. Él había ido también a correr sus mismos peligros y no le satisfacía el figurar como mero espectador.

Sol le prometió regresar para intentar juntos lo que más conviniese, pero de momento, hacía falta hacerse cargo del terreno y la situación para poder maniobrar con más seguridad,

Bryant tuvo que resignarse y Sol como una cabra, empezó a escalar el cerro ascendiendo lentamente hasta alcanzar su base.

Una vez al borde del montículo se tumbó en tierra para no ser descubierto y echó un vistazo en derredor.

El rancho por detrás se encerraba por una cerca tosca, pero resistente, labrada con troncos delgados de árbol. A aquella parte,

estaban adosados los cobertizos del ganado, la leñera, etc., y algunas ventanas traseras daban a la parte del río.

Aquel lado trasero del rancho, parecía deshabitado y Sol, aventurándose, cruzó de una carrera el espacio libre entre el borde de la meseta y la cerca amparándose en ésta.

Después la escaló cubriéndose con el espaldar de uno de los cobertizos y tras varios esfuerzos, consiguió colocarse sobre el inclinado tejadillo de éste.

Desde allí, abarcaba el vano lateral del patio. Hasta él llegaba el rumor del chorro del caño del pilón vertiendo rítmicamente sobre la llana piedra, pero ningún ruido humano denunciaba la presencia de gente.

Animado por semejante silencio, so dejó escurrir del cobertizo y alcanzó la fachada posterior de la hacienda la que únicamente tenía una pequeña puerta, pero la que encontró cerrada por dentro.

Arriesgándose aún más, decidió dar la vuelta al edificio. Si tenía la suerte de alcanzar el porche sin ser visto, penetraría inopinadamente en el interior y lo más difícil de su trabajo lo tendría hecho.

Cuando alcanzó el esquinado, se dejó caer a tierra y asomó levemente la cabeza sin descubrir a nadie. En el patio, reinaba cierto desorden. Dos caballos se hallaban sueltos sin que nadie se hubiese preocupado de librarles de las sillas, un hacha aparecía caída y diversos troncos de árbol a medio cortar yacían diseminados.

Sol pareció adivinar lo que sucedía. Aquellos caballos debían haber transportado los heridos y por cuidar de éstos, nadie se había preocupado aún de sus monturas.

Sol se deslizó pegado a la pared y alcanzó el porche sombreado por la lujuriosa enredadera que se retorció exuberante por entre los hierros y alcanzó la sombra del zaguán, deslizándose por un pasillo bastante oscuro, que tuvo que tantear con las manos para no denunciar su presencia.

Hacia la mitad se detuvo. Había captado un rumor de voces y unas maldiciones emitidas con acento dolorido y guiándose por ellas, avanzó con más cuidado.

Por fin, se detuvo ante el comienzo de la escalera. Las voces partían del piso superior y con sumo cuidado para que no crujiese la madera al pisar, ganó lentamente el rellano deteniéndose en él.



Dos caballos se hallaban sueltos...

El pasillo se corría a izquierda y derecha, pero era de este lado de donde procedían los juramentos y las lamentaciones y ya completamente orientado, empuñó el revólver y avanzó.

Una puerta a medio cerrar por cuya ranura se filtraba la luz del sol, le indicó que era allí donde debían hallarse reunidos los pocos peones que quedaron en el rancho, pero cuando se decidió a penetrar unas palabras captadas un segundo antes le detuvieron. Alguien con ronca voz, decía:

—Alexis es un estúpido y yo ya estoy cansado de su estupidez. Se ha empeñado en perseguir al jinete hasta el corazón de las montañas y nos ha dejado abandonados y expuestos a sufrir cualquier percance. ¿Qué haríamos nosotros solos si se reuniese el pueblo y nos atacasen en masa? Con vosotros dos inútiles estábamos aviados.

—Y lo peor es que estamos quedando en cuadro—afirmó otro—. Hemos caído ya media docena, Dios sabe los que caerán persiguiendo a ese endiablado jinete y queda «el Vengador». Por mi parte, me iría de aquí renunciando a todo.

Otro, con voz quejumbrosa, afirmó:

—Y yo. Si ese tipo hace intervenir a una verdadera autoridad y se descubren los crímenes en que hemos intervenido, seremos carne de cordel. Nos achacarán el envenenamiento de Evert, el patrón, el joven a quien matamos en la senda tomándole por «el Vengador»,

saldrán a relucir lo ranchos que hemos saqueado.

El primero que habló, dijo:

—Si tardara Alexis, podíamos intentar la huida. En su caja tiene guardado el dinero de todos. Podíamos apoderarnos de ella y largarnos... Para los tres...

—Sí, pero... Jess y yo no estamos en condiciones de montar a caballo ahora... Sin embargo, algo podíamos hacer. En el caso de que regrese con menos gente, aún podíamos deshacernos de él y llevarnos lo guardado. Creo que es lo más prudente. Si no nos damos prisa a escapar, presiento que nos quedaremos aquí todos.

Sol no esperó a más. Después de oír confesar fríamente los crímenes que aquellos forajidos habían cometido y observar cómo entre ellos mismos estaban dispuestos a traicionarse, sintió asco por semejante hatajo de coyotes. Sólo eran lo que ellos mismos se habían calificado: carne de cordel y el cordel debía ser su premio.

Empujó la puerta violentamente con el pie y presentando a un tiempo sus dos revólveres, gritó:

—¡Quietos!... ¡Arriba las manos!

La estancia, convertida en un dormitorio, era una pieza de unos tres metros en cuadro con una ventana al patio del rancho. En uno de los lechos, aparecía un forajido con el brazo vendado y en un largo banco, otro con la pierna cubierta de trapos ensangrentados, mientras que en pie, aparecía un tercero, cuyo revólver colgaba amenazador de su cintura.

El individuo hizo un movimiento brusco para sacar el arma, pero Sol le encañonó diciendo:

—No cometas estupideces, preciosidad. No llegarías nunca a saber si habías conseguido tocar la culata de tu revólver.

El forajido levantó lentamente los brazos y Sol se acercó a él metiéndole el cañón del arma en un costado, mientras le arrancaba el revólver del cinto. Luego, al observar que los otros dos no tenían cinto puesto y que, por lo tanto, sus armas no se hallaban al alcance de su mano, guardó una de las suyas y la arrebatada al primero, y mientras tenía a los tres encañonados, exclamó con ironía:

—No esperabais esta visita tan agradable, ¿no es cierto, bondadosas palomas? Una visita de Sol «el Vengador» al cubil de las fieras, parece algo inusitado y, sin embargo, como veis, es cosa sencilla. Todo depende de la estupidez de quien dirige la lucha y de la cobardía de los que se dejan dirigir.

»Ya os he oído discutir y observo que sois unos buenos muchachos, valientes, honrados y leales a vosotros mismos. Os cargáis la conciencia de crímenes cobardes, os echáis a temblar

cuando os sale al paso alguien con agallas para haceros frente y termináis por traicionaros unos a otros, cuando las cosas no os salen todo lo suaves que soñabais. Sois un hatajo de mariposas a las que no se les puede tocar las alas porque se les deshacen.

»Lo malo es que yo soy demasiado brusco y grosero para mirar esas cosas tan sutiles. He venido a algo definido y lo conseguiré. La muerte alevosa de aquel pobre muchacho a quien tomasteis por mí, el asesinato del infeliz Balfour, el envenenamiento cobarde de vuestro patrón y algunas cosillas más sin importancia que tenéis a vuestro cargo, merecen un premio que vosotros os habéis adjudicado justamente. Sois carne de cordel y un buen cordel os caerá a la garganta como una corbata de seda. Creo que os podéis ir preparando a recibirlo. Lo traigo ya fabricado y sólo me falta tomaros la medida, pero no creo que haya dificultad. Tiene un nudo corredizo precioso que se ajusta a todas las gargantas. Ya lo comprobaréis.

Se encaró con el que parecía ileso y ordenó:

—Vuélvete, buen mozo. Voy a ponerte unas preciosas cuerdas en las manos para que no las uses indebidamente y después me ocuparé de tus compañeros. Más tarde, cuando regrese Alexis, si regresa, ya me encargare de cumplir vuestros deseos. Puesto que habéis fallado que debe morir por inepto y yo pienso igual que vosotros, será ahorcado también para que emprendáis juntos el camino hacia el infierno.

Los tres forajidos estaban pálidos y aterrados. Dos de ellos nada hubiesen podido intentar para defender sus vidas y el otro, cogido tan de sorpresa, tampoco veía posibilidad de evadir aquel terrible revólver que amenazaba su vientre trágicamente.

Cuando recibió la orden de volverse, una luz de esperanza brilló en sus ojos. Acaso fuese el único momento para intentar la defensa y con los músculos tensos esperó que Sol se acercase a él.

Pero éste habla adivinado los proyectos del rufián y sonrió divertido. No era tan tonto que hiciese las cosas alocadamente. Pensaba aplicarle un buen culatazo en la cabeza antes de acercarse a él para atarle, y esto no lo había adivinado el peón.

Dio un paso para llevar a la práctica su proyecto, cuando sintió apoyarse algo en sus espaldas y percibió una voz ronca que ordenaba:

—Ni un movimiento más, amigo; aún quedábamos alguien más con quien no habías contado.

Sol se tensionó al oír la voz. No sospechó que pudiese haber más peones sueltos por el rancho, y su impremeditación le había puesto

en el más terrible trance.

El rufián, que ya se había vuelto de espaldas, giró vertiginosamente y atenazó el brazo de Sol que se hallaba en alto, próximo a asestar el golpe. Con rabia infinita se le dobló arrebatándole el arma sin que Sol hiciese nada para evitarlo, debido a la amenaza que tenía a su espalda.

Ya desarmado, lentamente volvió la cabeza para enfrentarse con un tipo barbudo, de ojos oblicuos y fríos, que le miraba lo mismo que un reptil.

El primero, rabioso por el mal rato que le había hecho pasar Sol, rugió:

—¡Apártate, Bill, que voy a divertirme clavándole las seis balas de su propio revólver en la boca!

Bill se opuso, diciendo:

—No, Augusto, él nos ha amenazado con colgarnos de un buen cordel y debemos corresponder a su gentileza probándolo en su garganta. Alexis pasará un rato divertido cuando regrese y le vea colgado de los hierros del porche, como un fruto raro de las enredaderas.

El bandido se calmó ante la propuesta. Le había parecido bien y estaba dispuesto a ser él quien le ejecutase.

—Bien, espera que prepare el cordel. En el patio los hay capaces de colgar a un búfalo sin que se rompan.

En aquel momento estalló una ensordecedora detonación, y el barbudo que amenazaba a Sol, soltó el arma lanzando un terrible rugido de dolor, al tiempo que se doblaba hacia un lado.

Su compañero, que había guardado en el bolsillo el revólver de Sol creyendo que de momento no le haría falta, intentó extraerle, pero Sol, rápido como una centella, adivinando que algo se había producido en su favor, estiró el puño y lo dejó caer sobre su enorme boca, haciéndole retroceder varios pasos.

El forajido se repuso e intentó repetir la acción, pero ya Sol, impetuoso, había avanzado, martillándole de nuevo a puñetazos.

El bandido trató de defenderse con los puños, pues su rival no le daba margen a sacar el arma, y, como no era un ser raquítico y feble, replicó con fiereza, alcanzando a Sol con alguno de sus terribles golpes, pero «el Vengador», no sólo era duro, sino que se hallaba poseído de la más encendida rabia al ponderar lo poco que le había faltado para ser una víctima más de aquellos rufianes.

Como una tromba, le fue arrinconando hasta imposibilitarle toda huida y, allí, en el rincón, le machacó de tal forma, que poco después se escurría rozando la pared para caer privado de sentido.

Sol, respirando fatigosamente, pues la pelea había sido feroz, se limpió la sangre, que manaba de una de sus cejas, y se volvió curiosamente hacia la puerta. No había tenido lugar para volver la cabeza ni una sola vez durante la lucha, e ignoraba quién había sido el ser que tan milagrosamente había acudido en su ayuda.

En el vano de la puerta, contemplándole con admiración, se hallaba el viejo Bryant, el granjero, empuñando su revólver, con el que cubría a los otros dos forajidos, que yacían en los lechos.

Sol, lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Por Judas!... ¿Cómo, usted aquí?

—Porque, como mal soldado, no he hecho caso de las órdenes del general. Presumía que estaba usted abusando de su valor y de su suerte y decidí seguirle. Esto me ha servido para llegar en lo mejor de la fiesta.

Sol estrechó su mano conmovido, diciendo:

—Gracias, señor Bryant; le debo a usted la vida.

—Bueno, no tanto. Estaba adivinando que encontraría usted algún truco para engañar a estos estúpidos chacales.

—Quizá, pero no estaba muy seguro. Bien, creo que no debemos perder tiempo. Alexis puede regresar de un momento a otro y debemos tener libre el camino para recibirle dignamente. Si vuelve, lo hará con cinco o seis hombres nada más, y espero que sean muy pocos para que pueda volver a penetrar en el rancho.

—Estoy a sus órdenes.

—Ayúdeme a atar a este par de buenos mozos.

Los heridos, sabiéndose próximos a morir, lucharon con desesperación tratando de evadirse, pero varios furiosos puñetazos, administrados por Sol, les dejaron medio atontados y sin fuerzas para la defensa.

Bien maniatados, cargaron con los dos y los trasladaron al patio. Luego Sol volvió a la estancia y, uno a uno, trasladó al que había perdido el conocimiento y al herido, que se hallaba en estado agónico.

Fríamente rebuscó por los cobertizos hasta descubrir un rollo de, cuerda de cáñamo resistente y, cortando varios trozos iguales, los pasó por los hierros del porche, cuya armadura recia resistiría el peso de los cuerpos.

Después pasó los nudos corredizos por los cuellos de los cuatro forajidos y, encarándose con los dos que conservaban sus facultades, advirtió:

—Os doy dos minutos para arrepentiros de vuestros crímenes y ponerlos a bien con Dios.

Uno de ellos no acertó a hablar. Casi se había desvanecido a causa del miedo, pero el otro, más entero, gruñó:

—¡Al diablo con tu ofrecimiento! A mí sólo me interesaba pasarlo aquí lo mejor posible. Una vez muerto, que lleven mi carroña y mi alma donde quieran.

—Bien, si es ese tu gusto, te complaceré.

Sin sentir el más leve temblor en el pulso tiró reciamente de la cuerda, y el bandido se elevó bruscamente en el vacío pataleando con rabia. Durante algunos segundos se agitó grotescamente, para quedar rígido como un hierro.

Su compañero no debió darse cuenta de su muerte. Se había desvanecido antes de ser izado, y los otros dos corrieron igual suerte.

Cuando quedó terminada la macabra tarea, Bryant, que no pudo librarse de la terrible impresión, comentó con voz temblorosa:

—¡Terrible racimo, Sol! No sé cómo puede usted poseer semejante sangre fría para llevar a término estas ejecuciones sin que le tiemble el pulso.

—Quizá sea costumbre—respondió Sol—, pero hay algo más que ha matado en mí todo sentimentalismo. Un rufián de éstos asesinó fría y cobardemente a mi pobre padre y, sobre su tumba, juré vengar con sangre su muerte. El recuerdo de tan sagrado juramento es el que mueve mi mano y mata mi sensibilidad ante el asesino. Por lo demás, no mataría a una hormiga sin sentirme dolido de ello.

»Y ahora—dijo—vamos a esperar el final que no tardará en llegar. Espero ver aparecer a Alexis y al resto de su cuadrilla de un momento a otro.

Capítulo VIII

UN TRIUNFO DEMASIADO CARO



OR el momento, libres del peligro, registraron atentamente el rancho, por si aún quedaba algún otro peón, pero la búsqueda no dio resultado. En cuanto a los pastos, Sol se encaminó a ellos, mientras Bryant regresaba en busca de los caballos que habían quedado al otro lado del cerro, y sólo descubrió las reses abandonadas en todo lo que abarcaba su vista.

Como no quería separarse mucho de la hacienda, regresó a ésta, uniéndose al granjero.

—¿Qué hacemos ahora, Sol?— preguntó éste.

—Pues... creo que esperar. Estoy inquieto por la tardanza de Alexis en regresar.

—¿Qué sospecha usted?

—Que hayan creído segura la caza del jinete misterioso y le hayan perseguido con tesón, acorralándole en algún lugar del monte. Créame que si tuviese noción del lugar, abandonaba el rancho a su destino para correr en su ayuda.

—¿Teme usted que pueda caer en manos de esos forajidos?

—Totalmente, no, pero... usted sabe lo que significa el factor suerte. Ahora mismo, yo he estado a punto de terminar mi brillante carrera. Sin usted...

—Sí, y el jinete misterioso está solo. Es terrible la duda.

—Esperemos. Quizá hayan tenido que trotar mucho, alejándose tanto que el regreso sea pesado. Yo espero que esta noche...

Pero aquella noche, contra sus vehementes deseos, nada turbó la soledad del rancho, y Sol pasó una de las horas más amargas de su vida.

Quando salió el sol tomó su caballo e intentó una descubierta. Era alarmante la ausencia de los rufianes y no acertaba a qué atribuirlo.

Se alejó más de tres millas del rancho sin descubrir nada anormal y, desesperado, regresó de nuevo.

—¿Nada?—preguntó Bryant nervioso.

—Nada y esto no es para mis nervios. Creo que debe usted volver a su granja y yo internarme en las montañas... Tengo que averiguar algo, suceda lo que suceda.

—¿Qué pretende usted descubrir? Usted desconoce ese macizo montañoso. Es muy intrincado y a lo mejor se internaba usted por un lado mientras ellos regresaban por otro. No olvide que es la mejor ocasión para darles la batalla y no permitirles posesionarse del rancho nuevamente. Si entrasen, costaría mucho volverlos a echar.

—Me hago cargo de todo, pero me inquieta la suerte que haya podido correr el jinete. Le debo tanto, que aunque sacrifique mucho por él no pagaría lo que le debo.

—Bien—objetó el granjero con energía—. Si quiere, váyase, pero yo no me muevo de aquí. He jurado llegar con usted hasta el final, y llegaré, cueste lo que cueste.

—Pero eso es una locura.

—Lo será, pero lo haré. Alguien se ha de oponer a la entrada de esos rufianes, y si usted no puede hacerlo, lo haré yo.

Fué inútil cuanto protestó Sol. Bryant se mostró inflexible y Sol entonces propuso una fórmula.

—Bien, volveré a echar un vistazo por los alrededores y esperaré hasta el anochecer. Si pasada esa hora no han dado señales de vida, me iré definitivamente a la montaña en su busca.

Montó a caballo y rabioso se alejó. No concebía la tardanza de Alexis y no podía suponer que el jinete por muy intrépido que se mostrase fuese capaz de deshacerse él solo de la cuadrilla.

Habíase alejado más de dos millas, cuando entre una nube de polvo descubrió un grupo de jinetes que se acercaban a buen trote y tras un momento de duda, volvió grupas y retrocedió caminando delante de ellos.

Si se trataba de Alexis y los suyos, seguirían su mismo camino, pero sería él quien llegase antes al rancho deteniéndoles en su intento de penetrar dentro.

Pronto se convenció de que no se había equivocado. El grupo, forzando la marcha, trató de alcanzarle, pero ahora tenía a «Stard» entre las piernas y el intento era muy difícil.

Sin embargo, pronto reveló un gran asombro al observar que un caballo, negro como el ala del cuervo, se destacaba del grupo y ganando terreno, avanzaba como un rayo tras él. Sol no concebía

tal suceso y volviendo la cabeza, examinó el caballo.

Una palidez mortal cubrió su rostro al concebir una sospecha. Aquel caballo no podía ser más que el del jinete fantasma y si así era, sólo podía obrar en manos de los forajidos porque éstos se hubiesen deshecho de su propietario.

Al ponderar esta posibilidad, sintió que una oleada de fuego acudía a su rostro abrasándole y dos lágrimas de impotencia acudieron a sus ojos.

El jinete misterioso había muerto por salvarle a él y él no había podido pagar con la misma moneda.

Las corazonadas que tuvo impulsándole hacia el monte las había frenado estúpidamente. Si hubiese dejado que su voluntad triunfase sobre las conveniencias del momento, quizá hubiese tenido tiempo de llegar en su auxilio. Ahora ya nada podía hacer. Sí; podía hacer algo y era vengar la muerte del amigo generoso y anónimo que tantas pruebas de lealtad y valor diera en su beneficio.

Rabioso y ciego de dolor, hizo que su caballo girase en un amplio semicírculo y decidió adoptar una maniobra. Tenía frente a él a seis enemigos y sólo uno podía inquietarle a causa del valor de su montura, que era precisamente el capataz del rancho.

Pues bien, se burlaría de éste dejándole para el último y se desharía antes del resto. Después... Después ya se vería quién sabía manejar mejor un caballo y al tiempo un revólver, para ganar la trágica partida final.

Su maniobra cogió desprevenido a Alexis, el cual sospechó que se trataba de Sol sin reconocerle y cuando quiso virar para cortarle el paso, ya Sol había rebasado su línea de tiro y galopaba como una centella derechamente hacia el rezagado grupo de peones.

Estos, al verle avanzar hacia ellos, dispararon precipitadamente, pero la velocidad de «Stard» era tal que sus proyectiles se perdieron en el vacío.

Sol, inclinado sobre el cuello del caballo, con el rostro pegado a éste, galopaba girando con velocidad de vértigo para envolver a los forajidos, los cuales atentos a su maniobra, se veían precisados a cuidar de sus monturas para que girasen tratando de no perderle la cara, cosa que les entorpecía para disparar y así, cuando estimó preciso extendió el brazo y uno tras otro descargó los seis proyectiles de su revólver.

Dos forajidos alcanzados trágicamente se balancearon sobre las sillas tratando de mantenerse en ellas, pero faltos de fuerzas, terminaron por ser lanzados a tierra donde quedaron revolcándose trágicamente.

Alexis, que había conseguido acortar el terreno, volvió a intentar acercarse a Sol, pero ya éste, después de disparar, había emprendido la huida en línea recta alargando la distancia para volver a iniciar su trágica maniobra.



...y galopaba como una centella derechamente...

Los tres bandidos restantes, al darse cuenta de sus propósitos, se agruparon a Alexis, quien se vio obligado a moderar la marcha viva de su caballo para no distanciarse de sus hombres dejándoles en situación difícil.

Sol, al observar el propósito, se alegró. Ahora podía maniobrar con más facilidad, ya que todos sus enemigos se habían agrupado y no tenía que cuidarse de dos facciones a la vez.

Como si estuviese en una pista, giraba a larga distancia formando una débil espiral que se iba estrechando y los bandidos, cada vez más cerca, esperaban su momento para disparar.

Habían detenido sus cabalgaduras y formando una estrella de cuatro puntas, con las grupas de los caballos pegadas unas a otras, esperaban que se pusiese a tiro. Sol se arriesgó. Sabía que corría tanto peligro como ellos, pero él galopaba haciendo más difícil la puntería mientras que sus enemigos ofrecían un buen blanco, parados.

Su revólver tronó al tiempo que los de sus enemigos. Uno de éstos se abatió de manera fulminante, dejando caer la cabeza destrozada sobre la del caballo, el cual, asustado, se distanció del grupo trotando alocadamente y Sol sintió cómo una bala pegaba en

el arzón de la silla astillándola.

Ya sólo quedaban frente a él Alexis y dos de los rufianes. Hasta aquel momento, la suerte le había acompañado, pero se estaba diciendo que la había tentado demasiado para no sufrir las consecuencias obstinándose en seguir aquella táctica peligrosa.

Pero ya no podía retroceder. Quedaba vivo el enemigo más peligroso y el más culpable de todos y si se retiraba estaba seguro de que intentaría la huida y no volvería por el rancho al saber perdida la partida y tal cosa no estaba dispuesto a consentirla.

Seguiría luchando hasta el final y que Dios decidiese la victoria a favor de quien estimase más justo. Arrostrando el peligro, volvió a girar acercándose a tiro de los tres indeseables.

Alexis, con los dientes tan apretados que casi le impedían respirar, esperaba impávidamente. Sus nervios antes en tensión se habían serenado y en aquel trance supremo, era el hombre frío y cruel que siempre fuera ante los acontecimientos más desquiciados.

Con el revólver entre sus tensos dedos, esperaba siguiendo la trayectoria del caballo. Estaba dispuesto a dejar disparar a su rival para, siendo el último, poder asegurar mejor el disparo.

Si caía antes, mala suerte y si no... Acaso fuese aquel el momento de su triunfo.

Sol estiró el brazo. Los dos rufianes dispararon al tiempo, pero uno se sintió tocado en un brazo, mientras que Sol sacudido bruscamente sobre la silla, sintió un terrible pinchazo en el costado al salir el azulado humo del revólver de Alexis que acababa de disparar.

«El Vengador» se dio rápida cuenta de que había sido alcanzado. Sentía un huracán de fuego en el cuerpo y una ola roja que casi cegaba sus ojos.

Aún tuvo ánimos y cordura para enderezar el rumbo del caballo y gritarle algo para que corriese. Luego, no se dio cuenta de nada más, sino de que para no perder el equilibrio, se pegaba al cuello del caballo con los brazos colgando por los lados, en un ansia suprema de encontrar algo donde aferrarse.

Alexis al comprobar que había vencido, lanzó un grito ronco de salvaje alegría y ordenó:

—¡Adelante! ¡Ha caído! ¡Ya es nuestro!

Y picando espuelas al caballo, se lanzó en pos del de Sol, que huía pradera adentro como un meteoro.

Los dos rufianes se dispusieron a imitarle y sacando todo el producto a sus monturas, cabalaron en pos del capataz distanciándose poco a poco.

Pero cuando más enconada era la persecución, surgió de entre un seto un jinete que a todo galope, trazó una línea recta entre perseguido y perseguidores, dispuesto a impedir que Sol fuese capturado.

Su aparición fue tan inopinada, que los dos rufianes que cabalgaban rezagados, no tuvieron tiempo a ponerse en guardia contra el peligro y dos secas detonaciones vibraron a corta distancia, abatiéndoles de manera fulminante.

El jinete, un jinete grácil y esbelto, vestido de negro y con un antifaz sobre los ojos, no se cuidó de los caídos, sino que lanzándose en pos de Sol y Alexis, trató de alcanzar a este último.

El empeño no parecía fácil. Aunque su caballo, el propio de Alexis que había tomado en su huida del monte, era un gran ejemplar, no podía competir con el suyo en poder del capataz y corría peligro de no alcanzarle.

Alexis se dio cuenta del nuevo enemigo que ahora obstaculizaba su empeño y sólo tuvo un pensamiento. Poder disparar sobre el huido, hasta convencerse de que quedaba bien muerto, y luego, revolverse contra el jinete fantasma para medirse con él.

Pero su propósito se vio fallido. Cuando casi se hallaba a tiro de «Stard», un silbido agudo vibró en la pradera y el caballo negro que montaba, frenó su alocada marcha tratando de volver grupas.

Alexis, rabioso, le clavó las espuelas sin piedad y el caballo, rebelándose contra el castigo, se puso de manos violentamente.

Alexis tuvo que realizar un gran esfuerzo para no salir despedido de la silla y luchó con salvaje violencia con el rebelde bruto, que se negaba a obedecer al duro castigo y esta lucha que le impedía cuidarse de su terrible enemigo, dio tiempo al jinete a avanzar hasta ponerse a tiro del capataz.

Este, dándose cuenta del peligro, se dejó escurrir a tierra y de rodillas sobre ella, empuñó el revólver y quiso detener a su enemigo, pero ya el misterioso jinete con terrible sangre fría, acababa de disparar sobre él a una distancia excelente.

Alexis se llevó las dos manos al pecho dejando caer el arma y el jinete avanzando a todo galope, se inclinó al pasar y descargó por dos veces el arma sobre el cuerpo del forajido, hasta hacerle caer con la cara pegada a la tierra.

El caballo negro libre de obstáculos, se había acercado a él con los flancos sangrantes del roce de las espuelas y el jinete, desmontando casi a la carrera del semoviente del capataz, saltó sobre su maltratado caballo rugiendo con voz alterada:

—¡Sus, pequeño, un esfuerzo más! Tenemos que alcanzar a

aquel caballo que se nos pierde en la llanura.

El noble animal gozoso de oír la voz de su amo, emprendió un furioso galope espoleado por la súplica angustiada del jinete y empezó a ganar terreno a «Stard», el cual sin nadie que le pidiese un galope determinado había empezado a aflojar la marcha.

Diez minutos más tarde, el jinete fantasma cruzaba junto a «Stard», atenazando las bridas y obligándole a parar.

Lleno de angustia, se arrojó de su cabalgadura que sudaba copiosamente y con fuerza impropia de su esbelta figura, tomó el cuerpo de Sol y lo apeó dejándole tumbado sobre la hierba.

Ansiosamente rasgó sus ropas buscando la herida. Esta apareció en el lado derecho del pecho y sangraba con abundancia.

El jinete buscó con la mirada y descubriendo un débil arroyo no muy lejos, se dirigió a él destocándose del sombrero para llenarlo de agua.

Una melena negra, brillante y ondulada fulguró al sol de la mañana y el jinete, con el sombrero lleno del precioso líquido, corrió junto al herido y lavó el orificio de la bala cuidadosamente.

Luego, del saco de su silla extrajo una pequeña cajita en la que guardaba hilas, yodo y algunas otras cosas para curas preventivas y taponó la herida con gasas y yodo, componiendo una venda con los trozos cortados de la camisa del herido.

Terminada la operación, se quedó contemplando al herido con ansia. Ya no podía hacer más por él de momento y se preguntaba dónde acudiría con su sangrante cuerpo para que fuese atendido debidamente.

Súbitamente se irguió. Aún le quedaba por hacer algo más. De Sol no podía ocuparse por el momento. Le convenía reposo y le arrastró cerca del arroyo a la sombra de un árbol al que ató a «Stard». Luego montó sobre su caballo y se alejó al trote.

Capítulo IX

UN ROSTRO DE MUJER



NTIMAMENTE algo doloroso le laceraba el alma al pensar en el estado de Sol. Le consideraba grave y temía por su vida, aquella vida generosa y dura que había sido ofrendada para el bien y la ley.

Sol había ido allí a cumplir una misión que casi había realizado y a él tocaba ponerla digno remate. Toda aquella carroña que componía el equipo del rancho «Doble Estrella», era carne de cordel y con el cordel debía rendir el último tributo a la vida y a la muerte.

Tras un galope furioso, alcanzó de nuevo el lugar donde habían caído los dos forajidos y más atrás, Alexis.

Los dos indeseables habían muerto, pero el capataz, duro como el bronce, aún se debatía en estertores agónicos asiéndose la vida con desesperación.

El jinete se apeó junto a él y quedó en pie contemplándole con los brazos cruzados. Alexis con los ojos desorbitados y los labios contraídos en una mueca horrible, barboteó entre hipo:

—¡Tú! ¡Maldita sea tu vida!... ¿Quién eres que un hombre tan duro como yo no pudo contigo?

El jinete, tras un momento de duda, rugió:

—¿Que quién soy? Lo vas a saber, sapo venenoso, chacal inmundado, buitre emponzoñado. Soy la sombra de «el Vengador». Alguien que como él ha hecho ofrenda de su vida para limpiar el Oeste de alimañas como tú. Sol King vino aquí dispuesto a colgaros a todos y puesto que has tenido la fortuna de frustrar en parte sus proyectos, no por eso dejará de ser cumplida su misión.

»Vas a ir al infierno derecho no tardando mucho, pero no te vayas muy contento, porque no has conseguido tu deseo. «El Vengador» está herido, es cierto, herido por tu asquerosa mano, pero se salvará por la mía piadosa y limpia. Tú, en cambio, verás

cumplido tu sino. La Muerte no te ha querido aún porque era demasiado noble para ti morir de un tiro. Vas a morir ahorcado como él pretendía y será mi mano la que cumpla su deseo. Y ahora, para que te sirva de amargura para el viaje, vas a saber quién te ha dado el pasaporte para el infierno. Será para ti un bochorno más saberlo.

Y de un violento tirón se arrancó el antifaz.

Alexis, que le escuchaba dominado por la rabia y el pánico, abrió enormemente los ojos y estuvo a punto de morir de una vez al contemplar las facciones de su enemigo. Este era realmente una mujer y una mujer bella, graciosa, fina de rasgos, pero con unos ojos negros en los que ardía el fuego de la energía y un mentón pronunciado que decía de sus arrestos y valentía.

El jinete emitió una carcajada brutal y agresiva y añadió:

—¿Te sientes más humillado aún, no es cierto? Sí; he sido yo, una mujer, quien ha diezmado tu banda y te ha causado la muerte. Eres el único que ha conseguido verme el rostro y nadie más lo conseguirá, si no es después de muerta. Nada me importa que sepas quién soy porque los muertos no hablan.

Se dirigió al caballo y tomó un rollo de cuerda que llevaba arrollado y lo cortó en tres pedazos. Luego, tomó por los pies a Alexis que nada podía hacer por defenderse y lo arrastró largo trecho hasta llevarle debajo de un árbol.

Ya allí, lanzó un cabo por encima de una rama, hizo un nudo corredizo al otro extremo y lo pasó por el cuello del capataz, quien en un supremo esfuerzo trató de defenderse, aunque inútilmente.

El jinete ató el cabo a la silla del caballo y acariciándole, dijo:

—«Moro»... este es el canalla que te ha destrozado los flancos con sus bárbaras espuelas. Te lo dejo para que te vengues de él mandándole al infierno.

A una seña suya, el caballo dio un recio tirón haciendo correr la cuerda sobre la rama. El bandido brutalmente fue arrastrado e izado en el aire, donde se debatió un momento hasta quedar rígido.

El jinete, fríamente, ató el cabo de cuerda al tronco, dejando el cadáver pendiente. Luego, sobre su pecho dejó un papel escrito que decía:

«Esta es la justicia que sabe hacer «el Vengador». Así ha muerto este chacal y todos los de su cuadrilla. El rancho «Doble Estrella» queda libre de reptiles y de él puede tomar posesión su legítima dueña. Nadie busquen a Sol King, quien, cumplida su misión, parte lejos de aquí a continuar

Realizado esto, se dirigió en busca de los cadáveres de los dos peones a los que también colgó de un árbol y cuando hubo terminado su siniestra obra, tomó de las bridas el caballo de Alexis, montó en el suyo y rápidamente se dirigió al lugar donde había dejado a Sol. Este continuaba privado de sentido y de él se había apoderado la fiebre. Deliraba y en su delirio, decía cosas deshilvanadas que el jinete fantasma escuchaba con suma atención.

Pero en los ratos en que «el Vengador» enmudecía, una sombra de preocupación nublaba sus ojos. La situación era demasiado trágica para él y no sabía qué hacer con el herido.

Por un momento pensó atravesarlo sobre el caballo y llevarle al rancho donde sería atendido con esmero, pero algo superior a su voluntad le contenía. Había sido él quien le había salvado de morir rematado por su enemigo y quería ser él quien le cuidase y salvase definitivamente y si no tenía salvación, quien recibiese su último aliento y cerrase para siempre sus ojos.

Ante esta posible contingencia, todo su ser temblaba como atacado de una fiebre mayor que la que consumía al herido y se preguntaba si el destino sería tan cruel, que terminase de manera tan brutal con una vida joven y en plena floración, que tenía ante él un porvenir color de rosa.

Sentado junto al herido, pasó la noche pendiente de su estado. Sol temblaba algunos ratos, sudaba otros y deliraba las más de las veces, sin que nada indicase qué iba a suceder en un futuro cercano.

El jinete lavó varias veces su herida, le aplicó compresas de agua fría a la cabeza y las sienes para rebajar el fuego que le devoraba y pasó la noche pendiente de sus reacciones.

A la salida del sol, el herido pareció quedar un poco tranquilo y el jinete, vencido por el sueño, el cansancio y las emociones sufridas, quedó dormido con la cabeza del yacente recostada sobre su brazo.

Estaba el sol muy alto, cuando despertó. Le dolían todos los huesos y se sentía contagiado de la fiebre que abrasaba al enfermo.

El lugar un poco escondido, no había sido descubierto por nadie. Quizá si habían encontrado el cadáver de Alexis con su escrito, les obligó a desistir de buscarle creyéndole lejos y se alegró de ello. Quería soledad y calma y sobre todo mantener su incógnito.

Después de mucho reflexionar, tomó una heroica decisión. En ningún sitio sería mejor atendido el herido que en el rancho de los

Clipson. Un poco distante se hallaba, pero con paciencia acaso consiguiere alcanzarlo.

Viajaría con él de noche, dormiría de día si era posible, le atendería personalmente y si observaba que se agravaba con el viaje, se detendría en el primer poblado por que atravesase, poniéndole en manos de un médico. No vaciló más. Cuando llegase la noche emprendería el viaje y si la suerte estaba de su parte confiaba en salir airoso de su empresa.

Con una manta atada por las puntas fabricó una especie de hamaca que ató a las sillas de su caballo y del de Sol y, luego, trabó a éstos de morro a morro y de arzón a arzón, con dos cuerdas más cortas que la manta para que no pudiesen separarse y dejar en la hamaca formando un poco de hoyo donde depositar al herido.

La operación de conseguir colocarle en su ambulante lecho, fue algo terrible. Hubo momentos en que creyó que el herido atormentado por los movimientos y las violentas flexiones que tuvo que hacer con él, volvería en sí acuciado por el dolor.

Pero nada de esto se produjo y por fin, le vio tendido en la manta paralelo a los caballos y meciéndose en el vacío formado entre éstos.

Al anochecer, emprendió el viaje, bajo la luz de las estrellas y por caminos extraviados, cortó terreno buscando la línea más corta para alcanzar Pine Valley.

Al amanecer, obligó a los caballos a tumbarse sin destrabarlos. No podía estar colocando al enfermo cada día en su ambulante lecho, pues era una tarea agobiadora y aunque las monturas se manifestaban molestas de la traba y la postura, terminaron por amoldarse a ella. Pero la cosa no parecía tan normal como había pensado. El viaje iba a ser larguísimo y temía que el herido o volviese en sí o se agravase.

Esto último parecía ser lo más seguro. La fiebre en lugar de ceder, aumentaba y el jinete lleno de desesperación, comprendió que tendría que dejarle en el poblado más próximo si no quería ser la causa de su muerte. Resignándose, abandonó los campos para buscar la cinta de la carretera. Ya llegaría a algún poblado y allí entregaría al herido.

Llevaba caminando angustiosamente media hora sin descubrir signo alguno de localidad, cuando las campanillas de un carruaje que avanzaba por la carretera le alarmaron.

El carruaje avanzaba a regular velocidad y el jinete se dispuso a pedir auxilio, pero comprendiendo que no podía hacerlo con el rostro cubierto por aquel misterioso antifaz, se lo quitó guardándole

en el bolsillo. Dobló el ala de su amplio sombrero hacia abajo para ocultar el rostro todo lo posible y atravesó los caballos en el sendero para obligar al carruaje a detenerse.

En efecto, el paso era estrecho y el conductor se vio obligado a detener al ganado.

El jinete se adelantó encarándose con un individuo de unos cincuenta años, grueso y fuerte como un toro y sin casi mirarle a los ojos, suplicó:

—Oiga, ¿quiere decirme si hay cerca un poblado? Transporte a un herido grave y quisiera...

Se detuvo de súbito al echar un vistazo al conductor. Este, por su parte, trataba de contemplar su rostro sin conseguirlo, pero había sido el jinete, quien al parecer le había reconocido.

Sin darse cuenta de la impresión que había producido en el errante viajero, contestó:

—Sí, por aquí hay algunos diseminados... Tres millas a la derecha hay uno que...

El jinete se acercó al pescante y alargando el brazo, tomó con su fina mano la ruda del conductor, balbuciendo:

—¡Señor Morgan! ¿Va usted directamente a Cedar City?

El conductor, asombrado, levantó con la mano contraria el ala del sombrero del jinete y gritó asombrado:

—¡Por Judas!... Si es...

—¡Silencio, por todo lo que más quiera! No soy más que un jinete desconocido que va a pedirle un gran favor... Meta en el carro el cuerpo de ese hombre y llévelo hasta Pino Valley. Tendrá que caminar algo más que pensaba, pero cumplirá usted con un deber de conciencia. Se trata de Sol King, «el Vengador» a quien un forajido que yo mismo maté, le hirió gravemente.

El anciano, dominado por el asombro, balbució:

—Pero tú...

Yo le acompañaré hasta cerca y después desapareceré como un fantasma. A usted le entregó el cuerpo del herido un jinete desconocido y no sabe más. Si así lo hace y me guarda el secreto, le quedaré eternamente agradecida.

El conductor se rascó la cabeza y por fin dijo:

—Bien, voy a hacerlo por él. Ayúdeme a subirle al carro. Vengo de dejar una gran partida de lana de oveja en Hilgard y adquiriré para no perder el viaje algunos comestibles y mantas para los peones; le fabricaremos con ella un lecho decente.

Sol fue trasladado al carro sobre un buen montón de mantas y cubierto con un toldo para evitarle la molestia de la luz, y el jinete,

montando a caballo, tomó de las bridas los otros dos animales y siguió junto al carro vigilando al herido.

Fue un viaje largo y molesto. El herido recobró por dos veces el conocimiento, pero de forma indecisa, sin reconocer a nadie y quejándose continuamente.

El jinete fantasma, angustiado, acució al anciano para que acelerase el viaje y aquél, temiendo que el retraso pudiese acarrear un funesto desenlace, obedeció.

Se hallaban a treinta millas de Pine Valley, cuando el jinete, conmovido, dijo:

—Señor Morgan, a su cuidado dejo el herido. Me voy.

—Bien, muchacha. Creo que regañaremos tú y yo mañana o pasado cuando nos veamos. ¿Irás?

—Pues claro que iré. Adiós, señor Morgan y que el cielo le premie su ayuda.

Y dejando atados a la zaga del carro el caballo de Sol y el de Alexis, emprendió un galope fantástico desapareciendo entre el polvo del camino.

Al anoecer del día siguiente, el carretón se detenía a la puerta del rancho y Lee que le vio llegar desde una de las ventanas, se extrañó saliendo a recibirle.

—¿Qué es eso, señor Morgan? ¿Cómo usted por el pueblo?

—Le traigo algo que le alarmará, Lee. En el camino me entregaron el cuerpo de su futuro yerno con un buen agujero en el pecho, pero creo que bien atendido curará. Lo siento por él, por usted y... por Magde.

El ranchero palideció y llamando a dos de sus peones, ordenó:

—¡Rápidos! Preparar un lecho. Tú, Jim, corre al poblado en busca del médico. Ayúdeme a trasladarle.

Entre Lee y Morgan tomaron el cuerpo de Sol y con sumo cuidado, le trasladaron a una estancia de la planta baja. Lee daba órdenes, nervioso en voz alta y a sus gritos, una voz femenina preguntó desde lo alto de la escalera:

—¿Qué es eso, papá, qué te sucede?

Lee ahogó un juramento y masculló:

—¡Maldición! Mi hija. Se había ido con mi hermano al rancho y ayer regañó con él porque no la dejó ir a cazar osos y se vino. Podía haber continuado allí unos días más.

La joven, como no recibiera contestación, bajó presurosa la escalera y al echar un vistazo a la estancia, se llevó las manos al pecho:

—¡Sol! —gritó angustiada—. ¡Dios mío! ¿Muerto?

—No, no te alarmes—dijo Lee— herido nada más. Le ha traído Morgan y me asegura que la cosa no es muy grave.

Magde, sin hacer caso de las palabras de su padre, había penetrado como una tromba en el dormitorio y febrilmente, estaba abriendo las ropas del herido y examinando el lugar del impacto. En su rostro, densamente pálido, ardía una fiebre mayor que la del herido.

Y arrodillándose junto al lecho, sollozó:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Pronto, un médico, se me muere!

Y con los ojos arrasados en lágrimas, besaba las febriles manos del herido, el cual se agitó levemente como si pretendiese gozar de aquellas caricias llenas de dolor y pasión...





EL ÉXITO AL-
CANZADO POR
LA

Biblioteca X

HABLA POR SÍ
SOLO DE LA CA-
LIDAD DE UNA
PUBLICACIÓN.

EN LA FAMOSA

Biblioteca X

SÓLO SE PUBLICAN ORIGI-
NALES SELECCIONADOS.

TODOS LOS NÚMEROS DE LA

Biblioteca X

CONSTITUYEN VERDADEROS
TRIUNFOS DE PUBLICACIO-
NES DEL OESTE AMERICANO.

Novelas de Vaqueros habrá muchas... pero

La **Biblioteca X...**

ES ÚNICA